

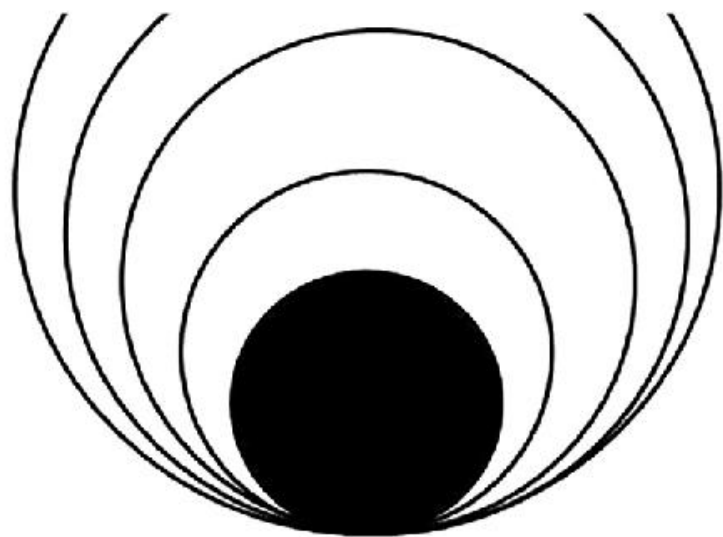
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

UN CAMION LLENO DE CALAMARES

Ralph Barby





PUNTO ROJO



**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **COLORADO:**

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección **KANSAS:**

744 — El comisario rebelde.

En Colección **CALIFORNIA:**

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección **BRAVO OESTE:**

585 — «Colt» a sueldo fijo.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.596 — Chantaje entre tiburones.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

1.357 — A pistolero muerto, pistolero puesto.

En Colección **PUNTO ROJO:**

1.043 — Héroe de papel.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección **BISONTE, SERIE ROJA:**

1.351 — Más astuto que los coyotes.

En Colección **BÚFALO, SERIE AZUL:**

85 — Una bala para un «Colt».

RALPH BARBY

UN CAMIÓN LLENO DE CALAMARES

Colección PUNTO ROJO Nº 1.048
Publicación Semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 10.654 – 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: mayo, 1982

2.^a edición en América: noviembre, 1982

© **Ralph Barby – 1982**

texto

© **Bernal – 1982**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

—No te fastidia —gruñó Michel—, sólo faltaba eso, calamares de Taiwan.

El camión no podía rebasar su carga de doce toneladas, aunque Michel, su propietario, estaba seguro de que resistía más.

Era un camión nuevo pagado a plazos, un camión para transporte internacional con remolque para aumentar el poder de carga.

—Alto, papeles.

—Papeles, papeles —se quejó, con un engañoso enfado—. ¿Qué tal, agente, el día bueno?

—Sí, bueno. Sigue y no te desvíes si no quieres perder los papeles.

—Este puerto trae mala espina, claro que sí, mala espina.

—Adelante —ordenó el agente de vigilancia del puerto de Marsella.

—Sí, claro, adelante.

Llevó el camión al lugar señalado para cargar. Allí, una grúa y una cuadrilla de estibadores comenzaron a cargarle el camión y el remolque que llevaba.

—Eh, ¿quién quiere comer calamares chinos? —preguntó a voz en grito a los estibadores—. Llevo veinte toneladas, habrá para todos.

—Eh, largo de aquí. Si trajeras buen vino, sería diferente, pero calamares chinos o japoneses, que se los coma tu padre.

—Pues alguien los va a comprar, digo yo, son veinte toneladas.

—¿Vas solo en el camión? —le preguntó el jefe de cuadrilla.

—Sí, no hago transportes muy largos. Por el momento sólo cojo transportes que no me obliguen a hacer rutas internacionales.

—¿Antes no llevabas otro camión?

—Sí, llevaba un camión de cabeza roja, menudo cacharro. Me lo he quitado de encima porque no ganaba para reparaciones. Ahora sí llevo un trasto que funciona, un Volvo, chavales, un Volvo, claro que tengo que pagarlo a plazos y qué intereses me han llevado... Cuando pienso en ellos se me cae el hígado como si me hubieran dado patadas.

Michel firmó los recibos y cuando los toldos estuvieron bien sujetos, abandonó los muelles silbando. Puso una cassette de música reage. Era un día de sol magnífico.

Salió a la carretera. Se dejó adelantar por los turismos rápidos pero luego los rebasó con la potencia de su motor y mientras lo hacía hablaba por un pequeño megáfono que llevaba incorporado.

—Eh, chalaos, ¿cómo os va la perra vida?

Y seguía adelante tras dar unos claxonazos.

Estaba ya inmerso en el mundo de las interminables cintas de asfalto cuando a lo lejos divisó un coche sport rojo parado y a una mujer haciendo auto-stop.

—Dios, vaya langostita y tengo que quedarme con los calamares chinos...

Puso las luces indicativas y frenó en el arcén. La chica era más bien alta y algo delgada, pero vista de cerca mostraba un busto muy atractivo, tan atractivo que Michel silbó de admiración al verlo.

Su cabello era rubio claro y los ojos, extrañamente verdes. Michel pensó que el rubio del cabello no debía ser natural, o quizá sí.

—¿Qué pasa, encanto? ¿El bomboncito rojo no hace rummm, rummm?

—Gracias por detenerse. Tengo que llegar a la población más próxima y telefonar para que vengán a recogerlo.

—¿Por qué no esperas una grúa? Hay muchas por las carreteras ganándose las lentejas, claro que para los turismos ver pasar la grúa es como ver pasar un coche fúnebre.

—¿Vamos ya?

—Sí, claro, preciosa.

El camión comenzó a rodar de nuevo, dejando atrás el coche sport.

—¿Qué, el juguetito rojo es un regalo de papá o de un tipo cariñoso?

—Oiga, que me haya recogido no le da derecho...

—Vale, vale, no es para molestarse tanto, sólo era una pregunta inocente.

—¿Lleva mucha carga? —preguntó ella, como aceptando las excusas.

—No te lo vas a creer, pero llevo toneladas de calamares chinos o japoneses, qué más da, como para pasarse la vida tomando tapas con vermuth.

—Calamares, ¿eh?

Ella hizo un movimiento como para rascarse la pantorrilla y del interior de la bota de media caña sacó algo brillante que a Michel no le gustó nada.

—Desvíate por el próximo cruce —ordenó la chica, súbitamente tajante.

—Oye, ¿vas a violarme?

—No digas estupideces.

—Eso me pasa por recoger niñas abandonadas que hacen auto-stop. Oye, ¿ese juguete dispara de verdad?

—Si no obedeces, lo sabrás.

—¿Calibre veintidós? Ese agujerito es muy pequeño, parece virgen.

—Déjate de bromas y sigue.

—¿Y si me das en los «eso» con ese plomito, qué pasará?

—Que te morirás, idiota.

—Y tú, ¿cómo vas a detener el camión? ¿Es que crees que este monstruo de cinco ejes y remolque se para así como así? Si no se sabe frenar, se lleva por delante un muro de hormigón.

—Sal de la nacional.

—No me da la gana.

Michel pisó el acelerador y el camión, pese a la carga, aumentó su velocidad peligrosamente.

—Estúpido, te voy a matar si no obedeces.

—Pues, empieza a disparar, ya veremos luego lo que pasa. Te puedes llevar por delante seis o siete familias y tienes suerte de que no es domingo y los coches no están llenos como si fueran enlatados. Ya sabes, el papá, la mamá, el abuelito, los cuatro niños, el perro, el loro...

—¡Basta, basta, para, para! —chilló ella.

—Tú tienes la pistolita y yo tengo el camión, ¿estamos?

—Está bien, no te mato pero te pego un tiro entre las piernas. Palabra que por lo menos te agujereo uno y si hay suerte, los dos.

—Cuidado, monina, eso ya son palabras mayores.

Se escuchó un escalofriante frenazo y la mole fue dejando sus ruedas marcadas en el asfalto.

—¿Ahora qué?

—Sal en el próximo cruce, idiota.

—¿Serías capaz de dispararme como has dicho?

—Claro que sí.

—Pero ¿qué es lo que te propones, quitarme los pocos francos que llevo encima? Mira, voy por la nacional para ahorrarme el pago de la autopista porque estoy de letras hasta las orejas.

—Haz lo que te digo, sal en aquel cruce.

—Es a la izquierda, encanto.

—Pues a la izquierda.

Michel se encogió de hombros mientras maniobraba con el gran volante y tocaba el claxon avisando que aquel monstruo de la carretera iba a salir por la izquierda.

En aquel momento, un automóvil blanco, de gran potencia, les adelantó tocando el claxon con gran insistencia. Después se detuvo cruzándose en la cinta asfáltica.

—Pero, ¿qué hace ese loco? —gritó Michel.

Del coche blanco salieron dos hombres armados con metralletas que apuntaron al camión.

—¿Quiénes son? —preguntó la chica.

—¿Y yo qué sé? Pero, parece que no quieren bromas.

—¿Qué vas a hacer?

—Pues, probar.

—¿Probar, qué?

—Esto.

Pisó el acelerador al tiempo que tocaba el claxon.

El gran Volvo quiso faltar al coche blanco cruzado en la carretera, pero lo que hizo fue golpearle hundiéndole el guardabarros y haciéndolo saltar.

—¿Lo has aplastado? —preguntó ella.

Michel, mirando por el espejo retrovisor, contestó:

—Sólo lo he dejado un poco arrugado.

Las metralletas tabletearon contra el camión. El espejo retrovisor saltó hecho pedazos.

—¡Maldita sea, y los accesorios no los paga el seguro! —masculló Michel.

El camión perdió el sentido de la dirección saliéndose del asfalto y metiéndose en un campo verde mientras Michel, tratando de dominar al vehículo, gritaba:

—Esos maricones me han dado en las ruedas, por no decir otra cosa. ¡Agárrate, nena, que vamos a darnos un baño!

Quiso evitar meterse en el río y no lo consiguió. El camión hizo un giro brusco, mas las ruedas laterales izquierdas fallaron en el lodo de la ribera del Ródano.

El camión volcó. La chica se golpeó contra Michel mientras el agua entraba brutalmente por la ventanilla abierta.

—¿Qué haces? —gritó ella.

—Salir, nena, salir, pero cuidado, no te peinen a balazos.

—¡No puedo abrir la puerta! —se quejó ella. Le llegaba el agua hasta la cintura y el camión parecía querer seguir cediendo, arrastrado por las aguas o porque el barro de la ribera cedía bajo su peso.

—Tú no podrás abrir la puerta hacia arriba, sal por la ventanilla. ¡Vamos, arriba! —apremió, poniéndole la mano entre las nalgas y levantándola.

—¡Ay!

—Sí, ahora hazte la estrecha.

Ella salió por la ventanilla, consiguiendo saltar por encima del motor y de allí al suelo firme, ya que el camión había quedado volcado en el borde mismo.

Cuando Michel asomó la cabeza no vio a dos sino a tres hombres.

Los dos primeros llevaban metralleta y el tercero, una pistola.

—¡Vamos, abajo! —le gritaron—. ¡Abajo, hijo puta!

—Después de hacer que mi camión nuevo acabe en el río, encima a insultarme, perra suerte la mía. ¿Qué tendrán esos calamares chinos, digo yo?

Por detrás de los tres hombres apareció un cuarto. Estaba a más distancia y se había protegido la cabeza con una media para no ser reconocido. Llevaba un rifle con mira telescópica.

—Eh, que ese de atrás tiene mala cara —advirtió Michel.

—Ese truco es demasiado viejo —respondió el tipo que llevaba la pistola.

Sonó un disparo. Uno de los que llevaban metralleta se abrió de brazos, cayendo de espaldas. Otro disparo y el segundo tuvo tiempo de dar unos traspiés llevándose las manos a la cabeza.

Michel oyó más disparos, pero ya se había dejado caer de nuevo en el interior del camión para evitar que los plomos le alcanzaran a él también.

Cuando se hizo el silencio, volvió a asomarse y vio que los tres tipos que le habían volcado el camión yacían muertos sobre la hierba húmeda en las más grotescas posturas.

Buscó con la mirada al que ocultaba su cabeza con la media y ya no lo vio.

—Dios mío, ¿qué es esto? Pronto tendré cadáver humano en su salsa, no sé cómo voy a enlatarlo todo.

Se subió encima del camión y lo miró con pena. Parte de la carga se había vertido en el río y el remolque estaba completamente volcado.

—¿Y ahora qué va a pasar? Si ya lo decía yo, demasiado calamar chino...

Se volvió y pudo ver a la chica que escapaba corriendo entre las plantas verdes que nacían en la orilla del Ródano.

Saltó del camión para perseguirla y ella, que de vez en cuando se volvía para mirarle, aumentó la velocidad de sus zancadas.

Una de las veces, tropezó, perdió tiempo y Michel, ahogado ya por la larga carrera, pues el camión quedaba muy atrás, la cogió por la cintura y ambos rodaron por el suelo.

—¡Suéltame, suéltame! —chilló, golpeándole con sus puños.

Mitad en el agua, mitad en la tierra, Michel logró sujetarla. Las ropas de la chica se abrieron y quedó un pecho al desnudo.

—Vaya, si no usas sujetador.

—¡Porque no lo necesito, idiota!

—Mira qué bien. Y ahora, ¿qué hago contigo? Violarte me daría una satisfacción, no cabe duda, pero eso no me compensaría el camión que está a parir y ya no hablo de los tres muertos que se han quedado

allá.

Ella exhaló un fuerte suspiro y dejó de hacer fuerzas, convencida de que la resistencia era inútil frente a los brazos fuertes de Michel.

—Está bien, tú ganas, puedes asesinarme.

—Hombre, mira qué bien. ¿Y qué gano yo con asesinarte?

La mujer encogió sus hombros redondeadamente femeninos.

—No sé, vengarte.

—La venganza es un placer de dioses y yo no soy ningún dios, de lo contrario no habría comprado mi camión a plazos.

—Por favor, déjame marchar.

—No me digas...

—Sí, por favor. Yo no soy culpable de que tu camión haya caído al río.

Comenzó a gimotear.

—Si no tuviera el pañuelo lleno de agua del Ródano, te lo ofrecería para que te secaras las lagrimitas.

La soltó y ella no hizo ningún movimiento para escapar.

—Por favor, bésame.

—¿Besarte? ¿Por qué quieres que te bese ahora?

—Tengo miedo, me hace falta.

—¿El beso es para ti como una aspirina?

—Bésame, dame fuerzas, te lo suplico.

—Si sólo es eso, pero no te creas que luego las cosas van a ser tan fáciles, porque el cacao que has armado lo vas a pagar. Quizá te pases treinta años en una cárcel.

Se inclinó para besar aquellos labios jugosos y trémulos que parecían buscar algo que sólo él podía dar en aquellos momentos.

Mas, lo que sucedió a continuación no le gustó tanto...

Sintió un dolor profundo en el cráneo y perdió el conocimiento cayendo de lado.

La desconocida soltó la piedra que tenía entre las manos, una piedra que sus dedos habían encontrado entre la hierba y que utilizó para golpear el cráneo de Michel mientras éste la besaba.

Se zafó del cuerpo inconsciente del hombre, se incorporó y se alejó corriendo, dejándolo tendido a la orilla del Ródano.

CAPÍTULO II

—Le juro, inspector, que no tengo idea de nada —gruñía Michel.

—Veamos, veamos... ¿Por qué cree que le dispararon los de las metralletas?

—Ya se lo he dicho cinco veces, no lo sé.

—No importa que sean seis, tengo paciencia para escuchar.

—Sí, ya lo veo. Lo que yo quiero es que una grúa saque mi camión del río y le revisen el motor y todo lo que haga falta. Que notifiquen a los receptores de la carga lo ocurrido y que avisen de inmediato a la compañía de seguros.

—¿Y los muertos?

—No los conozco. Que avisen por radio para que vengan a reconocerlos sus familiares.

—¿Está de broma?

—No, inspector, le juro que no, pero no sé quiénes son.

—Son tres gangsters de Marsella, aunque uno de ellos es corso.

—Ah, ¿ustedes sí les conocían?

—No se haga el gracioso, usted también los conocía.

—Palabra que no. Esos hijos de perra se me cruzaron en la carretera y dispararon.

—Esa desviación no era su ruta.

—No, pero me obligaron.

—¿Quién?

—Ya se lo he dicho —repitió, abriendo más sus ojos como para hacerse entender mejor—. Una chica que llevaba una pistola pequeña me dijo que me dispararía en los... usted ya me entiende. Y yo no podía consentir eso, usted tampoco lo hubiera hecho, ¿verdad?

—Limítese a responder.

—Si ya lo veía venir, yo soy la víctima y a la vez parezco el culpable. Claro, como no atrapan a los demás.

—¿Trata de insultar a la policía?

—No, claro que no, Dios me libre, pero yo no soy el culpable, soy la víctima.

—Y esa chica, ¿cómo se llama?

—No lo sé.

—Usted no sabe nada.

—Eso es, no sé nada de nada, sólo que por poco me matan. Ah, y el chichón de la cabeza, ¿qué?

—No se preocupe, ya lo ha anotado el forense. Aquí lo dice, «abultado hematoma en la zona pericraneal...»

—No siga, no siga, ya veo que lo han puesto, lo digo por el seguro, porque con las primas que pago, algo cobraré, ¿no?

—No, por el chichón no cobrará nada, ya que según su declaración se lo hizo la chica después del accidente y fue para escapar.

—¡Pero todo fue culpa del accidente!

—No me haga reír. Si tiene un accidente y luego se rompe la cara al cruzar la carretera, ¿será culpa del primer accidente?

—No, claro, visto así.

—Será culpa de cruzar la carretera sin mirar a un lado y a otro. Veamos —se encaró con el secretario—, ¿tiene la declaración?

—Sí, inspector.

—Pues, que se la lea y la firme.

—Uff.

—Ah, la carga queda confiscada por el momento.

—Magnífico, pueden celebrar un banquete con calamares chinos o japoneses, no sé, espero que no se pongan muy amarillos si sufren del hígado. Ya me parecía a mí que esos calamares iban a traerme mala suerte.

—Léase la declaración.

Michel firmó. Dos horas más tarde podía ver cómo una grúa gigante sacaba su camión Volvo del río.

Muy cerca había un furgón de reparaciones con tres mecánicos listos para entrar en acción. Uno de ellos, al primer vistazo, se le acercó para preguntarle:

—Usted es el propietario, ¿verdad?

—Si puedo acabar de pagar las letras, sí.

—El remolque ha sufrido más desperfectos. Se tendrá que desenganchar y luego ya veremos.

—Está bien, pero ¿y el camión?

—Lo que le haya afectado el vuelco y el agua. Si fuera agua de mar, sería peor.

—Menos mal que estoy de suerte —exclamó, sarcástico.

—Yo creo que conseguiremos ponerlo en marcha.

—Las latas van a quedar en gran parte dentro del río —dijo otro técnico.

Michel opinó:

—Mal asunto para los peces.

—¿Por qué? —quiso saber el mecánico—. ¿Están contaminadas?

—No creo, pero supongo que los peces del Ródano no tienen abrelatas.

El furgón-taller estuvo trabajando hasta el anochecer. Probaron con la llave de contacto y el motor no arrancó.

—Será mejor dejarlo para mañana —objetaron los mecánicos.

—No, mejor hoy que mañana.

—Las horas de trabajo serán más caras —le advirtieron.

—Paga el seguro.

—Está bien, pero firmarás tú.

La grúa levantó el morro del camión y poniéndole los faros del furgón delante prosiguieron el trabajo. Tres horas más tarde, el camión volvía a descansar sobre sus cuatro ejes.

—Probaremos de nuevo —le dijeron.

—Dejadme a mí la llave. Es como si yo fuera su padre.

Se subió a la cabina y ante la expectación general, le dio a la llave.

El motor runrunó, un poco vacilante al principio, pero después el sonido fue fuerte. Michel lo hizo avanzar y le dio un par de vueltas por el prado.

Hablando por el electromegáfono que llevaba incorporado, gritó:

—¡Eh, chicos, esto funciona, funciona!

Tocó el claxon y luego detuvo el vehículo.

Media hora más tarde, dejaba el remolque en poder de la grúa. Dentro del Ródano quedaban millares de latas de calamares en conserva.

Se detuvo en una gasolinera, cenó y luego se acostó en la propia cabina.

—Qué húmedo está esto —se lamentó—, voy a coger reuma.

No pudo dormir mucho y de alta madrugada, con las ventanillas abiertas, reanudó la marcha.

La policía se encargaría de esclarecer lo ocurrido, ya era una suerte que le hubieran dejado tranquilo, aunque había tenido que someterse a una ruta determinada para ser controlado por la policía de tráfico sí era necesario para la investigación. A su llegada a París tenía la obligación de presentarse a las autoridades.

—Y eso que soy inocente...

Ya amanecido el día, al pasar junto a un pequeño hotel de carretera y desde la altura del camión, tras unos setos de evónimos, divisó un coche sport rojo. De forma automática, pisó el freno.

CAPÍTULO III

—Yo no sigo con ese coche —protestó Geraldine.

El hombre que estaba al otro lado de la mesa tenía mucha personalidad y elegancia en el vestir, aunque lo hacía en forma sport. En vez de corbata usaba pañuelo anudado al cuello.

Poseía un cabello rubio canoso, lacio y largo, bien peinado. Pese a dos operaciones de cirugía estética, su rostro acusaba el paso de los años. Estaba muy lejos de ser un hombre joven, ni siquiera maduro.

—He cambiado las placas —le replicó él tras untar una tostada con mantequilla.

—La policía nos estará buscando, hay tres muertos.

—La policía estará buscando, pero no sabe el qué, a mí no me conoce.

—Pero a mí sí me pueden cazar, el camionero habrá dado mi descripción.

—Te pones una peluca, te cambias de vestido y asunto concluido.

—Yo no subo más al sport rojo, me atraparían en seguida.

—Está bien, iré yo en el coche y no será tan fácil que me reconozcan. Tú puedes buscar la manera de llegar a Lyon y de allí, en tren, a París.

—¿Y cómo voy hasta Lyon?

—Si no quieres que te lleve en el sport rojo, haz auto-stop.

—No, otra vez, no.

—Tú tienes éxito fácil, te paran en seguida.

—Anthony, este negocio tuyo ha sido un fracaso.

—Sí, pero yo no suponía que se meterían otros en el asunto, metralleta en mano.

—Pero, ¿qué buscaban, lo mismo que tú?

—Lo ignoro, estoy desconcertado. No sé de qué va el asunto. Dentro del camión hay un paquete que es mío.

—¿De veras lleva medio millón de francos ese paquete?

—Sí, ¿por qué lo dudas?

—No sé, es mucho dinero.

—Ya te lo dije, es el pago de un cargamento de vehículos usados que metí en un buque que se iba al Africa, coches usados aceptables. Todos los países de Africa no tienen petróleo y un coche francés, aunque sea usado, si está revisado es bueno para mucha gente, claro que yo se los vendía a un traficante internacional.

—Coches robados, claro.

—A mí no me líes. Tú tenías que ayudarme a recuperar el paquete, es mi dinero y te iba a pagar con él.

—¿Y no hay forma de rescatarlo?

—Con tres muertos y la policía de por medio, no lo creo. Registrarán el camión y también existe la posibilidad de que el paquete haya caído al río.

—¿Medio millón de francos al río?

—Sarcástico, ¿verdad? —comentó Anthony.

—¿Y los billetes no flotan en el agua?

—Sí, pero, ¿dónde están ahora?

—¿Y si los buscamos?

—Allí, si flotaba algo, se lo habrá llevado la policía, aunque el periódico de hoy dice otra cosa.

—Sí, ajuste de cuentas entre mafiosos de Marsella, tres muertos y un camión de transporte volcado en el Ródano. No han sido muy explícitos.

—No, no lo han sido.

—¿Y no podría ir algún periodista de esos que meten las narices

en todos los asuntos para investigar?

El hombre sonrió irónico.

—Si, investigar para contarnos a nosotros lo que la policía ha averiguado, sería fabulosamente divertido. Creo que hay que dar por perdido este negocio, son gajes del oficio.

—¿Y marchar a París con las manos vacías?

—Qué remedio. El próximo negocio saldrá mejor.

—Con la suerte que tenemos, no creo.

—No te desanimes, nos encontraremos en París.

—No vas a dejarme aquí sin dinero, ¿verdad?

—No, claro que no, pero lo has hecho muy mal. Si te hubieras desviado por la salida anterior tal como planeamos, ese camión no habría caído al río.

—Eso es cierto, pero el camionero no era fácil de dominar, es un tipo peleón. Además, yo no sabía nada de que había gangsters de Marsella en todo este asunto.

—Será una *vendetta* entre ellos, quizá el camionero pertenezca a su mafia.

—¿El camionero?

Ante la sorpresa de la chica, él explicó:

—Utilizan transportistas para sus asuntos.

—¿Y no será que a ti te busca una de esas bandas?

—¿A mí? —se rió levemente—. Yo voy por libre, querida, soy independiente, llevo los coches usados.

—Dirás los robados.

—Prefiero insistir en coches usados, usados y revisados. Los vendo a una compañía internacional de compra-venta de coches usados. Si luego aparecen en alguna capital africana, de Asia o Sudamérica, a mí me importa poco. En fin, querida... —sacó la cartera, extrajo de ella diez billetes de a cien francos y le dijo—: Suerte, no siempre se gana.

Geraldine se quedó con el periódico frente a la mesa. Pudo oír el fuerte ronquido del coche sport, a Anthony le gustaba hundir el pie en el acelerador; luego, los ruidos eran los propios de la Nacional-7.

Cuando se disponía a abandonar el hotel con el pequeño neceser que llevaba consigo, el conserje le llamó la atención.

—¡Mademoiselle!

—¿Sí?

—¿Va a marcharse, mademoiselle?

—Así es.

El conserje le sonrió de forma muy especial al tiempo que le decía:

—En ese caso, pagará la cuenta, mademoiselle.

—¿La cuenta?

—Así es, son doscientos setenta y tres francos, todo está especificado.

—¿Doscientos setenta y tres francos? —se asombró.

—Así es, mademoiselle. Si no está conforme puede llamar a los gendarmes.

—Pero, ¿no la ha pagado...?

—No, mademoiselle, aquí nadie ha pagado nada.

—Canalla —exclamó por lo bajo. Sacó tres billetes de a cien y los dejó sobre el mostrador—. Quédese con el cambio.

—Muy agradecido, mademoiselle.

Con un humor explosivo, como si dentro de ella se revolvieran una docena de perros rabiosos, salió a la carretera con su neceser.

Avanzó unos metros para que no la vieran desde el hotel y colocándose delante de unos setos, levantó la mano pidiendo ser llevada.

Un coche que la vio comenzó a detenerse cuando unas manos poderosas aparecieron entre los setos, la cogieron por la cintura y se la llevaron.

Geraldine lanzó un grito que el automovilista que acababa de detenerse no oyó porque un camión acababa de darle un claxonazo para que no provocara un accidente.

El conductor amable miró hacia atrás y ya no vio a la chica. Se encogió de hombros y reanudó la marcha, creyendo que todo había sido el espejismo de un sediento en el desierto.

—Tranquila, tranquila.

Cuando Geraldine se repuso y descubrió al hombre que acababa de capturarla tras los setos, exclamó:

—¡El camionero!

—Sí, el camionero, me llamo Michel. Oye, encanto, ¿por qué no me pides un beso ahora?

Geraldine tragó un poco de saliva antes de preguntar:

—¿Te hice daño?

—Oh, nada, sólo un chichón, claro que mi cráneo se podía haber roto como si fuera un huevo. ¿Sabes, preciosa? No eres de fiar. Primero, la pistolita y luego, el rocazo.

—Tenía que escapar, compréndelo.

—Sí, yo comprendo muchas cosas, quien no las comprende tanto es la policía.

—¿Vas a entregarme a la policía?

—¿Y tú qué crees, encanto?

—Me llamo Geraldine —dijo ella con un tono de voz muy sumiso, segura de que él no la dejaría escapar y de que tampoco sería tan tonto como para dejarse dar otra pedrada en la cabeza.

—Yo no sé nada de los muertos.

—Claro que no, si aquí nadie sabe nada, pero mi camión, a darse un baño como si estuviera en Saint-Tropez. Todo es magnífico, pero a mí me has empapelado, encanto. No sabes la de papeles que ya he tenido que firmar y los que me esperan, porque las compañías pagan cada vez que llueve en el Sahara.

—Yo no te he hecho nada.

—Nada, nada, si eres un ángel, un ángel de cuidado, claro.

—Me llamo Geraldine —repitió ella.

—Como si me dices que te llamas Eva, Françoise o cualquier otra cosa, no me lo voy a creer.

—Es que tengo mis documentos.

—¿Falsificados?

Ella hundió sus hombros.

—Está bien, no me crees, no me crees nada.

—Absolutamente nada.

—Es natural, estás resentido y te comprendo.

—Oye, ¿por qué no me explicas ahora que tratabas de huir de una banda de gangsters que hacían trata de blancas en Marsella y que mi camión era tu última escapatoria? A lo mejor, el cuento resulta bueno y me lo creo.

—No seas tonto, subí a tu camión por otro motivo.

—Vamos, que me esperabas a mí, precisamente a mí.

—Sí.

—¿Y cómo sabías que no iba a fallarte?

—Lo sabía.

—Claro, quién iba a resistirse a tus encantos. Un poco más y te pones en bragas para asegurarte que parara. Ahora, pequeña, iremos a la policía y ellos serán los que pongan claridad en todo este rollo.

—Espera, antes de llevarme a la policía, ¿quieres que te diga la verdad?

—Claro, no tengo prisa, el camión está bien aparcado.

—Un tipo me propuso un negocio.

—Eso empieza bien, supongo que sería un tipo desconocido.

—Sí, claro, desconocido.

—Muy bien, continúa. Aunque parezca extraño, estoy de buen humor.

—En el muelle, un contacto de ese tipo había puesto dentro de tu camión un paquete con medio millón de francos.

—¿Medio millón? Hum, eso me hace mucha más gracia.

—Aunque no te lo creas, es cierto. Yo tenía que recibir cien mil por desviar tu camión y hacerte detener. Entonces aparecería él, recuperaría el paquete y nos largaríamos. Mi misión era hacerte parar en un lugar tranquilo para que ese tipo recuperara su medio millón y como yo corría riesgo, cobraba cien mil.

—¿Y de veras pretendes que me trague esa historia?

—Si no quieres, no te la creas, pero el medio millón está en tu camión, o estaba, porque si ha caído al río...

—¿De modo que ese tipo no ha recuperado ese medio millón?

—No.

—¿Y ese medio millón de tu historieta, de dónde ha salido?

—Era un pago.

—¿Un pago?

—Un pago internacional por la venta ilegal de coches usados a otro país, ya sabes, para no pagar aduanas.

—Pues si me atrapan en el rollo, se me cae el pelo, encanto, se me cae, aunque por ahora todavía tengo mucho.

—¿Y a mí, qué?

—¿Cómo que a ti qué? Pues a quien se le va a caer el pelo será a ti, en la cárcel de mujeres.

Geraldine se encogió una vez más de hombros con actitud fatalista.

—¿Qué más da? Todo me ha salido mal. Quería volar por mi cuenta y me he dado el tortazo. Pечaré con cinco, diez o los años que me coloquen, aunque no sé de qué me van a acusar, yo sólo trataba de recuperar el medio millón.

—Y dale con el medio millón... Acabarás convenciéndome de que existe.

—Serás idiota... ¿Es que aún no te lo has creído?

—Verás, pequeña, soy un poco duro de mollera y más desde que una chica de cabellos rubios dejó caer una piedra sobre mi cráneo, pero haré un esfuerzo para creerte.

—¿De veras?

—Claro que sí, encanto.

—Me llamo Geraldine.

—Lo que tú quieras. Dame la manita y vámonos, pero si tratas de escapar, te parto ese cuellcito tan lindo que tienes.

—¿Me llevas a la gendarmería?

—No tan aprisa, encanto, por ahora te llevo a mi camión.

—¿Y luego?

—Luego iremos a buscar el medio millón. Ese sí será un dinero rápido para indemnizarme, más rápido que esperar a que pague una compañía de seguros.

Estirando de la mano femenina, echó a correr. El Volvo aguardaba cerca, aún con muchas latas de calamares asiáticos.

CAPÍTULO IV

—Encanto, aquí no hay más que calamares en lata.

Michel se sentó entre las latas que había estado removiendo de un lado a otro. Su frente aparecía perlada de sudor. Ella le miró, preocupada y desconcertada.

—Lo siento.

—¿De veras? —preguntó irónico.

—El tipo que se lo iba a llevar decía que estaba aquí.

—Pues ya ves, no está, a menos que hayan enrollado los billetes y los hayan enlatado después. Se han roto las cajas, aún sale agua, esto es un asco. Y ese tipo, ¿quién puñetas es?

—Un hombre que conocí en Montecarlo.

—No me digas, no será en la ruleta...

—Pues sí, fue en la ruleta.

—Qué original —siguió diciendo, burlón.

—Yo acababa de perder todo el dinero que tenía.

—Comprendo y sólo te quedaban dos soluciones: Tirarte al mar de cabeza, suponiendo que no sepas nadar, que sí sabes, o dedicarte al oficio más viejo del mundo.

—Me resistí.

—¿De veras?

—No soy ninguna ramera aunque tú opines lo contrario. Ese tipo debía estar vigilándome y me acosó como si fuera a proponerme algo en lo que yo podía caer con cierta facilidad al verme arruinada y después de haberme tomado una botella de champaña.

—¿Y quién la pagó?

—¿El qué?

—La botella de champaña, encanto.

—La pagó él, claro, pero para mi sorpresa, no me propuso acostarse conmigo.

—¿Es maricón?

—No, es un tipo fino y elegante que sabe moverse en las alturas, un tipo de negocios, pero no es joven. No sé la edad que tendrá, pero se ve ya mayor. Entiende mucho de mujeres, sabe tratarnos con delicadeza.

—Y ahora, ¿dónde está el tipo ese?

—Camino de París, ha dado el negocio por perdido.

—Vaya, eso es que a él no le vendrá de medio millón.

—No parece pobre.

—¿El cochecito rojo es suyo?

—Sí.

—¿Y por qué no se te ha llevado? Le he visto salir del hotel. Cuando se ha alejado con el sport, creí que me había equivocado de coche, ya que no había tomado la matrícula, pero luego te he visto a ti por una ventana y he decidido esperar.

—Me ha dejado porque supone que la policía buscará a una mujer en un coche rojo.

—Y como a ti se te da bien el auto-stop, otra vez a levantar el dedo.

—Sólo pensaba hacer auto-stop hasta Lyon y allí tomar el tren hacia París.

—Yo también voy camino de París, no es necesario que te molestes.

—¿Y si prefiero ir sola?

—Puedes preguntárselo a la policía.

—¿Vas a entregarme?

—Si no lo he hecho antes de veinticuatro horas es que soy el tipo más idiota que circula por las carreteras francesas.

—¿Por qué no me dejas ir, si yo ya no puedo decirte nada?

—A mi, no, pero a la policía es muy posible que sí, claro que si encontráramos el medio millón...

—Se habrá caído al río.

—¿En qué tipo de paquete iba?

—No lo sé, era él quien tenía que recogerlo. Yo sólo tenía que obligarte a detenerte en un lugar tranquilo.

—¿Y por qué no se lo daban a mano? Hubiera sido más fácil.

Geraldine se encogió de hombros.

—No lo sé, quizá tenía miedo de que lo mataran.

—Entonces, ¿esos de la metralleta eran los del medio millón?

—¡No lo sé, no lo sé! —repitió, excitada.

—Está bien, cálmate, cada diez minutos se me olvida que tú no sabes nada. Espero curarme pronto de ese «tic» —quedó pensativo y después dijo—: Claro que podríamos volver hasta el lugar del río donde cayó el camión y buscar allí. Medio millón merece la pena, ¿no?

Ella parpadeó un poco desconcertada y después sonrió. Desprezándose su cuerpo con movimientos felinos y se acercó al hombre. Le abrazó por el cuello y dijo:

—Has tenido una idea genial, Michel.

—No me la estropees dándome en la cabeza con una lata de calamares.

—No tengas miedo. Cuando te di con la piedra estaba asustada, creí que ibas a matarme.

—¿Matarte yo?

—Ahora, las cosas son un poco diferentes. Anthony se ha marchado hacia París y si nosotros encontramos el medio millón, será nuestro, un cuarto para cada uno. ¿Qué te parece el negocio?

—Muy bueno, pero del reparto ya hablaremos cuando lo hayamos encontrado. Lo malo es que aún es temprano para asomar la cabeza

por el lugar en que bañamos el camión.

—¿Por la policía?

—Eso es, por la policía, aunque yo creo que sí podríamos pasarnos por los talleres donde estarán reparando el remolque. Quizá el paquete esté en el remolque.

—De acuerdo, pero ¿no me delatarás?

—Por ahora, no, luego ya veremos. Tengo la impresión de que me estás encelando con eso del medio millón, con tu carita y con tu cuerpo.

—Quieto, quieto.

—¿Qué pasa, es que no se pueden invertir unos minutos en el placer del sexo?

—Connmigo, no, ya te he dicho que no soy una puta.

—Vamos, que te haces la estrecha.

—Tú eres más fuerte que yo, mal iba a poder escapar de este maldito camión. Además, puedes chantajearme con entregarme a la policía, pero todo eso sólo sería para violarme. Yo puedo jugar contigo con besos y algunas caricias, pero no me entrego, ¿lo oyes? No me entrego, y si abusas de mí, te prometo que me meto bajo las ruedas de tu propio camión.

Michel se la quedó mirando con mucha fijeza. Ella estaba muy seria y al borde del sollozo, los labios le temblaban. Su actitud era triste, resignada pero al mismo tiempo decidida.

—No es para tanto, mujer, no es para tanto. ¿Es que te asustas sólo de pensar que te vas a acostar con un hombre?

—Sólo me acostaré con el hombre al que ame.

—Vaya, sí que me has salido «carroza». En fin, vamos a ver el remolque, pero si tienes miedo de que te viole, no me provoques demasiado, no soy de piedra ni de madera.

—Está bien, no volveré a besarte. Cuando lo haga será como si fueras mi hermano.

—Jo, sólo faltaba eso. Oye, prefiero que me mires como a un vampiro o a un hombre lobo, por lo menos será más divertido que si te me acercas como si fuera un hermano. Y ahora, en marcha, encanto.

La llevó hasta el camión. Subieron a él y éste dio media vuelta iniciando el camino.

—La cassette se estropeó, ¿sabes? Pero el camión es un poco más sólido y funciona, menos mal, porque con las letras que he firmado para pagarlo...

—¿Es tu ilusión ser camionero siempre?

—Mi ilusión es tener una flota de camiones y como dicen los chinos, hay que empezar por el primer paso, es decir, firmando la primera letra del primer camión. Ese paso ya lo he dado, lo malo es

que detrás de la primera letra hay muchas más. Oye, ¿cantas?

—¿Yo?

—Sí, tú, aquí no llevo ningún canario.

—Con el cuarto de millón cubrirás sobradamente los desperfectos.

—Eso espero, encanto, de lo contrario me los cobraré en especie.

—¿En especie?

—Si. Vamos, canta, canta a ver qué tal lo haces.

—¡Anda ya!

—Está bien, lo haré yo.

Y comenzó a cantar «Estrella errante» enronqueciendo su voz poderosa. Ella le miró y sonrió mientras el camión seguía la nueva ruta.

Los problemas estaban muy lejos de haber terminado.

CAPÍTULO V

Cuando Michel vio el remolque que estaba en reparaciones totalmente vacío y casi podría decirse que limpio, parpadeó incrédulo. Miró a Geraldine y gruñó:

—No hay nada.

—Habrán guardado la carga para trabajar mejor.

—Voy a ver.

Se alejó al encuentro del que parecía el capataz, interpelándolo.

—Eh, compañero, ése es mi remolque.

—Sí, ya lo sé. Creí que estabas camino de París.

—Sí, eso creía yo también, pero de pronto he recordado que me había olvidado las cerillas en el remolque y ya no podía fumar.

El capataz le miró irónico.

—¿Y no era más fácil comprar otro paquete de cerillas en un área de servicios?

—Me temo que sí, pero es que el sobre de fósforos que yo tenía llevaba una chica desnuda, ya sabes, manías. Por cierto, ¿dónde están las latas que se recuperaron en el remolque?

—Vino un camión con inspectores del gobierno y se las llevaron.

—¿Y por qué? ¿Están envenenados los calamares?

El capataz se encogió de hombros.

—Traían papeles, cargaron y se largaron, yo no sé nada. Es mejor no saber nada en un asunto en el que han muerto tres gangsters de Marsella. Si estuviera en tu lugar, me largaría muy lejos.

—¿Y de los fósforos nada?

—Nada.

—¿Y no has encontrado nada más?

—¿Como qué?

—No sé, como una caja de zapatillas viejas. En los viajes largos se me cansan los pies y luego me pongo las pantuflas.

—No me digas.

—Oye, ¿es que a uno no se le pueden cargar los pies?

—Y los cojones también, claro que con la compañía que llevas, eso no tendrá mucha importancia.

—Si tú supieras... Es más fría que un iceberg.

—Eso será porque tú no tienes suficiente calor para derretirla.

—¿Ah, no? Oye, ¿tienes una tarjeta personal tuya?

—¿Una tarjeta mía?

—Sí, eso he dicho.

—¿Para qué la quieres?

—Para enviarte una foto.

—¿De ella?

—No, del niño que le haré parir. Eso sí, soy un tío sibarita y no tengo prisa. Para hacer un buen pastel no sólo hay que tener la temperatura adecuada en el horno, sino que hay que darle mucho a la masa y dejarla fermentar para que se hinche, se hinche...

Le dio la espalda, regresando junto a la muchacha.

—¿Qué te ha dicho?

—Vámonos, encanto, aquí no hay un mal calamar que pasarnos por las amígdalas.

—¿No había ningún paquete?

—El paquete lo tendrás tú si te quedas aquí y te atrapa la policía.

Regresaron al camión y, un tanto ceñudo, Michel lo puso en marcha.

—En el remolque ya no quedan ni chinches.

—Pero, había algo, ¿no?

—Se lo han llevado los inspectores.

—¿Qué inspectores?

—¿Y a mí qué me cuentas? Hay inspectores de todas las clases y colores. Se te acerca un tipo que te enseña un carnet o una placa y te dice que es inspector y no sabes por qué mecanismo, eso sólo ya te sirve de laxante. Luego, no dirás que no soy fino hablando, he dicho laxante.

—Sí, ya te he oído. ¿Y adónde vamos ahora?

—A dar una vuelta. Esto no es un sport que deja boquiabiertos a quienes lo ven pasar, pero sí se apartan como si fuera un destacamento de motoristas de la policía de tráfico. Te sientas al volante, te pones ancho y dices «viva la madre que te parió y a ver quién es el guapo que me pasa».

—Si te pones en medio de la carretera, nadie —le objetó ella.

—Eso es, nadie, y no te digo cuando viene una bajada, te cogen unas cosquillitas entre las piernas... Y no veas si piensas que puede romperse el freno. La verdad es que no sé si sería divertido bajar un puerto sin frenos, cargado de hierros o de jaulas de gallinas.

—Dices cada cosa.

—¿Y qué voy a decir, encanto, si me remojaron la cassette y tú no cantas?

Ella comenzó a tararear una canción de Edith Piaf que él aprobó con movimiento de cabeza y prosiguió la ruta pisando más el acelerador.

Sin que la joven se diera cuenta, Michel abrió el aparato de megafonía exterior y la voz de Geraldine se esparció por los verdes campos de Francia, por el valle del Ródano donde las oscuras aguas, después de haber nutrido a la ciudad de Lyon, buscaban el mar.

Comieron en un restaurante de una estrella y luego se tumbaron sobre la hierba.

Geraldine se había comprado una revista y se entretenía leyéndola mientras el hombre dormía. Ella lo estuvo observando de reojo, pero no se movió.

Al cabo de dos horas, él se volvió. Bostezó, se desperezó y mirándola, preguntó:

—¿Aún estás ahí, encanto?

—Si. ¿Creías que me había fugado?

—Pues, si te llegas a largar, el medio millón hubiera sido todito para mí, encanto.

—Ni lo sueñes, esa parte me corresponde.

—Y sobre ella cimentarás tu futuro, ¿no es eso?

—Quién sabe.

—Vamos a ver, si te quedaras con un cuarto de millón, ¿qué harías, regresar a Montecarlo?

—No.

—Menos mal.

Geraldine dejó la revista, cruzó las manos bajo la nuca y fijó sus ojos claros en el cielo azul celeste, un cielo recortado en el horizonte por una masa verde oscura que no parecía tener fin.

—Me gustaría abrir una boutique en París, algo pequeño, no me importa.

—Es que con un cuarto de millón no te da para comprar las Galerías Lafayette.

—Me gustaría una boutique pequeña en el Boulevard des Italiens.

—¿Cerca del Boulevard Haussmann?

—Eso es.

—¿Para estar cerca de los grandes?

—¿Por qué no?

—Y tú ¿le darías a la aguja y al hilo para hacer vestiditos?

—No seas bruto. Vendrían los representantes a ofrecirme género que yo vendería con un margen del cien por cien de beneficio.

—¿Y crees que venderías lo suficiente para amortizar gastos?

—Claro que sí, escogería lo mejor, bueno, lo que me pareciera mejor, porque si ponía precios muy altos no vendería.

—¿Y hay tantas gallinas que piquen en ese maíz?

—Sí, hay mucha turista idiota que pica, lo importante es llevarse un vestido con etiqueta de París aunque esté confeccionado en España o Italia, ya sabes, Cataluña, Valencia o Milán.

—Estás muy metida en el asunto, ¿no?

—Una tía mía tenía una boutique y le iba bien.

—¿Y tú no la heredas?

—No, yo era la dependienta y a veces, la modelo.

—Para eso sí sirves. Oye, ¿y por qué no vuelves con tu tía, con perdón?

—Porque es una arpía y me pagaba la mitad de lo que me correspondía cobrar.

—¿De qué te quejas? Eso es normal entre parientes. Yo te ayudo y tú te dejas explotar, y encima me estás agradecido. Por eso yo voy por libre aunque me rompa la mano firmando letras.

—Algún día dejarás de pagar y el camión será tuyo.

—Si no me lo han quitado antes. De momento, el asunto de los calamares me está saliendo sobrado de tinta.

—Pero, aún tienes la posibilidad de recuperar dinero, es más, de ganarlo, aunque de ese asunto ni una palabra a la policía porque confiscarían el dinero lo mismo que han confiscado las latas.

—¿Y si hubieran encontrado también el paquete?

—Es una posibilidad.

—Y el jodido de tu amigo, el viejo elegante ese, ¿no podía decirte dónde colocó el paquete?

—No, no me lo dijo. Además, el paquete no lo puso él, sino quien tenía que pagarle.

—¿Y si en vez de billetes le puso un paquete lleno de huevos para que se desahogara cascándolos?

—¿Siempre estás bromeando?

—¿Y qué quieres que haga, que lllore?

—No —miró al cielo—. ¿Esperamos a que anochezca?

—No, nos iremos antes, lo malo es que los gendarmes pueden estarme buscando. Tendría que llamar desde un teléfono a la gendarmería de Lyon.

—¿Y qué les dirías?

—Que paso por la ciudad; si hay alguna novedad, me la cuentan o no creo que me cuenten nada. En este caso soy la pelota.

—¿La pelota, qué pelota?

—Sí, encanto, la pelota a la que todos dan patadas. Vamos, que el Volvo espera y aún no lo tengo domesticado completamente. Ha de pasar algo de tiempo para que me sea más fiel que un perro; ya verás, llegará el día que le daré un silbido y acudirá a buscar el terrón que le ofrezca en mi mano.

Ella sonrió, agitó la cabeza y se soltaron sus cabellos. Él la miró y sonrió también, satisfecho. Geraldine era hermosa y mucho más cuando se reía y los problemas se esfumaban de su rostro.

Era ya de noche cuando salieron de la Nacional-7 para acercarse al lugar en que el camión cayera al Ródano.

—Yo me esconderé en la litera —dijo la joven.

—¿Crees que estará la policía?

—Podría estar, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué les dirás si los encuentras? Te van a preguntar qué haces aquí.

Michel se encogió de hombros.

—Les diré que me había descuidado el bocadillo.

El camión se detuvo sobre la hierba húmeda. Los faros iluminaron el lugar; las aguas del Ródano parecían más negras aún, insondables.

—No hay nadie.

—¿Crees que conseguiremos encontrar algo?

—Llevo una linterna de tipo fluorescente; esperemos que funcione.

Se acercaron a la orilla y comenzaron a buscar.

—No hay nada —dijo Geraldine, desilusionada.

—Lo han limpiado todo y ya es raro, porque cuando fuera de la carretera cae una carga de verduras o frutas, ahí se quedan para los pajaritos.

—Habría que meterse en el agua y buscar.

—Uy, eso sería un suicidio, encanto. Aquí, las aguas son bastante rápidas, lo que sea se habrá ido río abajo. Sólo queda la posibilidad de buscar por la orilla entre las hierbas por si el paquetito se ha quedado por ahí. La verdad es que no debí hacer caso de las palabras de tu boquita de cereza, uno se hace ilusiones y luego, ¡plaf!, nada —de súbito, exclamó—: Pero, ¿qué coño estoy haciendo aquí?

—Buscar medio millón.

—Si juego a la lotería tengo más posibilidades de obtenerlo. Si había aquí medio millón, ya no está.

—Adiós boutique —se desinfló Geraldine dejándose caer sobre el suelo mojado.

—Oye, no te derrumbes tan pronto. Siempre puedes encontrar un empleo de dependienta en las Galerías Lafayette; en la sección de slips

para caballeros, seguro que aumentaban las ventas.

—Tu madre.

—¿Qué?

—Que tu madre. Casi todas las dependientas de las Galerías Lafayette son chicas de pueblo llegadas a París y encima se las quieren dar de parisinas chic. Yo quiero una boutique.

—Oye, ¿tú sabes dónde vive ese tipo?

—¿Qué tipo?

—El que te dijo que habían metido medio millón en mi camión.

—¿Anthony?

—Si se llama así... Por cierto, ¿Anthony qué más?

—No lo sé, sólo me dijo que se llama Anthony.

—Vas muy alegre por el mundo, encanto.

—No me explicó nada más. Después de todo, ¿qué podía hacer yo?

—Nada, nada, encanto, sólo buscar a un camionero imbécil como yo y apuntarle con una pistola.

—Yo estaba muy mal, quería suicidarme y él me ofreció cien mil. ¿Qué iba a hacer?

—En fin... ¿Y tampoco sabes dónde vive?

—Sé dónde encontrarlo.

—¿Dónde?

—En París.

—Pues, ¿a qué esperamos, encanto? Subamos al Volvo y ¡a París! Visitaremos la Tour Eiffel, Notre-Dame y el Folies y buscaremos una buena cama de hotel, que sea ancha...

Y se echó a reír.

CAPÍTULO VI

La mano del hombre tomó la lengüeta metálica y bajó la cremallera desde lo alto del escote de la espalda hasta por debajo de los glúteos femeninos.

La mujer no se movió pese a notar la mano masculina en su carne cuando se abrió la puerta que tenía delante.

—¡Paúl!

—¿Qué pasa, Gauguin, no sabes llamar a la puerta? —preguntó sin apartar su mano del cuerpo de la mujer que tenía a su lado, también encarada con el que acababa de entrar. Ella no parecía molesta; el vestido, por su frontal, no había caído, aunque eran los senos quienes lo aguantaban.

—Ponti ha llegado a París —anunció el recién llegado.

—¿Ponti, seguro?

—Sí. Alguien que le conoce bien le ha visto, aunque no creo que quiera dejarse ver.

—¿Quién le ha visto?

—Edith.

—¿La que trabaja en el Lido?

—La misma.

—De modo que Ponti ha llegado... —musitó. Su diestra no dejó de acariciar el cuerpo femenino, desnudo desde los cabellos hasta por debajo de las bien redondeadas nalgas que parecían tener unos hoyuelos en sus respectivos costados.

—Iban dos más con él.

—¿Sólo dos?

—¿Quién sabe si hay más? El asunto está feo.

—Depende de lo que sepa.

—Habrá *vendetta*, correrá mucha sangre.

—Eso será si no negociamos antes.

—Mejor sería hacerlo a la americana.

—¿Una noche de San Valentín?

—Sí, tac, tac, tac... Y se acabó.

—No es tan fácil. Ponti es un tipo listo y muy receloso, a él no se le sorprende como a algunos de sus hombres.

—Sería mejor negociar, ¿no?

—¿Negociar? Él se ha metido en mis asuntos.

—Hace algún tiempo tuviste pleitos con él, ¿verdad?

—Olvidalo.

—Yo he venido a avisarte.

—Dile a Daniel que tenga los ojos bien abiertos y si ve algo raro, ya sabe lo que tiene que hacer.

—Está bien, pero pueden esperarnos en la calle.

—No seas cuervo. Ponti no nos cogerá por sorpresa. Además, estamos actuando como niños porque Ponti no tiene por qué saber nada sobre nosotros. ¿No dice la prensa que en el asalto al camión había una chica rubia que, según el camionero, le obligó a desviarse?

—Y esa chica, ¿quién es?

—No lo sé. Quizá Ponti lo averigüe antes que nosotros y si así fuera, no me gustaría estar en el pellejo de esa chica.

—Hay que estar alerta. Ponti puede hacernos una mala jugada, ya ha tratado de quitarnos el alijo.

—Hemos recuperado una gran parte.

—No es suficiente. Es preciso que recuperemos todo lo que no se haya perdido.

—Es una pena que se perdiera parte en el río.

—No hables demasiado, lo que no tiene remedio es mejor olvidarlo. Ah, y mucho cuidado con la P. J.

—La policía no nos va a hacer sudar.

—Reparto mucho dinero para acallar bocas, Gauguin, pero siempre me queda la duda de si será suficiente.

—No podemos tapar la boca a todos los policías y la mayoría de los policías tampoco se dejan sobornar.

—Siempre queda la solución de convertir a un policía honrado en un héroe muerto.

—Esa me parece la mejor de las soluciones, Paul.

—De todos modos, tengo otros planes. Hemos recibido un mal golpe, pero nos recuperaremos.

—Claro que sí, Paul. Eres el mejor cerebro de París.

Gauguin les dejó solos y la mujer se volvió hacia Paul, preguntando con una sonrisa que a los ojos de un tercero habría parecido triste:

—¿Hay problemas?

—Sí, hay problemas, pero hay que arriesgarse para llenarse los bolsillos.

—Tú siempre haces bien las cosas, Paul —le dijo Mesaline.

—¿Tú crees? —preguntó él, burlón.

—Por lo que a mí respecta, sí.

Paul acabó de quitarle el vestido y se llenó los ojos de curvas y piel tan suave como cuidada. Mesaline no era una mujer vulgar; de serlo, no habría sido la favorita de Paul que tenía un buen ramillete de chicas para escoger en su club.

Podía alardear de tener ojo clínico, de conocer bien a las mujeres; por ello, Mesaline le satisfacía. Era joven, quizá demasiado para andar metida en un mundo en que el propio Paul se consideraba un reyezuelo. Le besó el cuerpo mientras ella le acariciaba los cabellos.

—Si no hubiera sido por ti, Paul.

—Me gusta que sepas valorar las ayudas, serías torpe si no lo hicieras. Podrías acabar en un mal burdel de algún país subdesarrollado donde te llamarían la francesita.

—Tú no harás eso conmigo, ¿verdad? —le dijo mimosa, haciendo que Paul gozara de sus espléndidos senos.

—No sabes tú de lo que soy capaz cuando me conviene. Y ahora, ¿por qué no dejas de hablar y...?

—Lo que tú mandes, *mon chéri*.

CAPÍTULO VII

—Sí, inspector, soy Michel Rollan.

Habló un poco más por teléfono y luego colgó, regresando al camión. Antes de que accionara la llave de contacto, Geraldine le preguntó:

—¿Qué le has dicho a la policía?

—Si te refieres a ti, encanto, nada. Después de todo, tú no mataste a los tres gangsters.

—¿Puedo confiar en ti?

—Naturalmente, encanto. Yo no quiero que pierdas tu belleza en la cárcel, claro que si intentas jugármela, quizá mis buenas intenciones se conviertan en sádicas.

—Ya será menos.

—¿Sabes, encanto? Noto la falta de la cassette estropeada.

—¿Vas a comprarte otra?

—Sí, claro, cuando encuentre el medio millón de francos. Este asunto de los calamares me trae frito. Por cierto, ¿de dónde eres?

—Nací en Luxemburgo.

—Ah, eres de Luxemburgo.

—No, mis padres eran belgas.

—Entonces, ¿eres belga?

—No, estoy nacionalizada francesa.

—Encanto, no te voy a hacer más preguntas porque no acierto una.

—Bueno, yo me considero una chica más de París, aunque haya viajado mucho.

—Pero, ¿dónde vives?

—¿Ahora?

—Sí, claro, ahora, no te pregunto cuándo naciste.

—Aquí.

—¿Y dónde es aquí? Estamos rodando por la Nacional-7 camino de París.

—Pues, vivo en tu camión.

—No me digas.

—A menos que me entregues a la policía y sea la cárcel.

—Por favor, no te pongas a llorar ahora. ¿Sabes dónde vivo yo?

—No.

—En París, encanto, en París. Bueno, a las afueras de París, a un par de docenas de kilómetros. No es un apartamento grande, pero no está mal para un hombre solo o máximo una pareja. ¿Qué te parece si antes de entrar en París pasamos por mi apartamento?

—¿Y por qué no te vas tú solo a Pigalle o a Montmartre, te relajas por unos francos con una rubia, una morena o una negrita y luego te vienes?

—¿Me estás proponiendo que me vaya de putas, encanto?

—Llámalo como gustes, pero a mí no quieras utilizarme para tus desahogos sexuales. Todos los hombres sois iguales.

—¿Y cómo somos, encanto?

—Unos animales qué sólo piensan en...

—¿Joder?

—Vete a la mierda.

—No te hagas mala sangre. No voy a comportarme como ese tipo que te metió en el lio. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Anthony, y que quede claro que yo no me acosté con él.

—De acuerdo, de acuerdo, yo no he dicho que te acuestes con todo el mundo, pero tampoco creo que seas una santa.

—¿Lo eres tú?

—¿Yo? Por Dios, encanto, ¿cómo podría ser un santo y llevar un camión de veinte toneladas?

—Ya, según tú, hay que ser muy macho para llevar un trasto como éste.

—Y que lo digas, encanto, hay que tenerlos muy bien puestos, por eso tenía miedo de que dispararas tu pistolita, no hubiera podido llevar el camión. ¿Tú lo entiendes?

—Sí, lo entiendo perfectamente —replicó, sarcástica. Luego, se puso a tararear una canción mientras le vigilaba de reojo.

Pasaron las horas. La carretera semejava interminable; sin embargo, los kilómetros que faltaban para arribar a París eran cada vez menos.

Michel, que solía vigilar el espejo retrovisor exterior, observó:

—Nos sigue un motorista.

—¿De la policía?

—Has dado en el clavo, encanto. Es un policía y por la forma de colocarse, parece que viene a por nosotros.

—¿Qué hago? Estarán buscando a una mujer de mis características por la declaración que hiciste y no he tenido tiempo de comprarme una peluca.

—Métete en la litera y no creas que es una proposición deshonesta.

—Tonto —rezongó ella mientras se ocultaba tras las cortinillas.

El motorista le adelantó suavemente y le hizo señas para que se detuviera en el arcén. Michel obedeció y vio cómo el agente se detenía frente a él.

Se apeó de la moto y quitándose los guantes, se le acercó con cara de pocos amigos.

—Buenas tardes, agente. ¿Llevo alguna rueda baja de presión? —preguntó, haciéndose el ingenuo.

El agente miró la matrícula. Sacó una hoja y preguntó:

—Buenas tardes. ¿Es usted Michel Rollan?

—Sí, sí, soy yo, agente. ¿Qué, conocía a alguien de mi familia?

—Voy a por la moto y haga el favor de seguirme.

—¿Adonde me lleva, agente?

—A un almacén que está a unos pocos kilómetros de aquí.

En voz baja, Geraldine preguntó:

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Por si acaso, no asomes tus naricitas, ese policía no me parece muy simpático y como me ha dicho que le siga, voy a hacerlo hasta el infierno si es necesario. Otra ocasión que me ofrezcan calamares por toneladas no voy a picar.

Siguió al motorista unos pocos kilómetros. Luego, siempre atendiendo a las indicaciones de la mano del agente, salieron de la carretera.

Tras rodar dos kilómetros, fueron a dar a una especie de almacén frente al cual se detuvieron.

El motorista hizo sonar su bocina y salieron unos hombres. Uno de ellos iba bien trajeado y llevaba un sombrero oscuro. Michel silbó por lo bajo y Geraldine, desde detrás de las cortinas de la litera, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Ahí hay un tipo que lleva pistola bajo la chaqueta.

—Eh, usted, monsieur Rollan, salga del camión, tiene que firmar unos papeles —le dijeron.

—¿Qué clase de papeles? —preguntó, abriendo la portezuela al tiempo que gruñía por lo bajo—: No salgas, encanto, que no te vean.

—Vamos a vaciar la carga aquí.

—¿La carga? Si esos calamares enlatados...

—La carga es sospechosa y queda confiscada.

—Oigan, despacito, esta carga he de llevarla a París.

—¿Lo llevo a la gendarmería, comisario? —preguntó el agente de uniforme señalando a Michel.

—Sí, será lo mejor. Puede que él haya participado en todo este desgraciado asunto. No le van a caer menos de diez años, eso sin contar con su supuesta participación en los crímenes.

—¡Eh, eh, yo no soy el culpable, sino la víctima! —protestó Michel.

El motorista sacó unas manecillas y el que decía ser el comisario, objetó:

—No se apresure. Si no hay resistencia a la autoridad, no será necesario. Monsieur Rollan, ayude a esos hombres a descargar la mercancía

—Pero, ¿qué diablos pasa con esas latas?

—No debería decírselo, pero existen motivos suficientes para suponer que esos enlatados son tóxicos y que han sido introducidos en

nuestro país para provocar un envenenamiento masivo.

—¿No pasaron las latas por la inspección aduanera?

—Sí, pero sólo unas pocas latas. Un funcionario de la aduana ha sido arrestado por supuesta complicidad con los contrabandistas intoxicadores. Este asunto es muy feo y no convenía alarmar a la opinión pública, ya que otras marcas de enlatados saldrían perjudicadas. Hemos de tener mucho cuidado y le pido a usted la máxima reserva.

—Pues, menos mal que no he comido de ninguna de esas latas.

—Vamos, no perdamos tiempo. Descargaremos la mercancía que queda confiscada. Después, firmaremos las hojas correspondientes y si usted dice algo de este asunto, se verá en el banquillo de los acusados.

—Caramba con los calamares asiáticos, encima tóxicos. ¿Y los que cayeron al río?

—Cállese la boca, si le oye un ecologista estamos perdidos. Van a llenar los periódicos de protestas.

—Sí, claro, quién lo iba a suponer.

Descargaron las cajas, firmó las hojas que le dieron y regresó al camión.

—En París ya se le pasará notificación.

—Adiós, ahora me voy más tranquilo. Ustedes quedan responsables de esos calamares, yo ya no quiero saber nada. ¡Maldito viaje!

Tocó el sonoro claxon de su gran Volvo y se alejó del lugar.

—¿Todo bien? —preguntó Geraldine.

—Se han quedado con los calamares.

—Sí, ya lo he visto.

—Dicen que son tóxicos y que querían envenenar a un montón de gente. Hay tipos muy desaprensivos.

Geraldine salió de la litera y se sentó junto a él.

—¿Los destruirán?

—No sé —se encogió de hombros—. Supongo que sí, aunque yo me he guardado una lata como recuerdo —dijo, mostrándosela.

—Pues, cuidado, no vayas a confundirla y te la comas.

—No, eso no, encanto. Le pegaré una etiqueta que ponga «veneno» —pisó el acelerador—. Ahora no habrá quién nos pase. Este bicho va a correr como un diablo, ya que no llevamos carga ni remolque.

—Bueno, se habrá acabado la pesadilla.

—Sí, pero el medio millón tampoco ha aparecido. No hay nada más que un camión que estoy pagando a plazos.

—Y ahora, ¿qué pasará conmigo?

—Te voy a dejar en París, libre y sin violar, no podrás quejarte.

—De acuerdo, ya buscaré un trabajo.

—¿Dónde?

—No lo sé. Ya que no puedo montar una boutique, buscaré un empleo en unas grandes galerías o como camarera en algún local de Pigalle para turistas.

—¿De esos que van con las piernas al descubierto y en *top-less*?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque podrías empezar a ensayar ahora, encanto.

—Comprendo, tú quieres la primicia.

—Pues sí.

—Está bien, ahora vas a ver la primicia.

—¿Quéééé?

—¡Cuidado, que nos matamos!

Un coche se les echaba encima a gran velocidad cuando Michel había perdido el control de su camión pasando al carril contrario de la cinta asfáltica.

CAPÍTULO VIII

Michel introdujo el camión en el gran garaje para camiones. Había unas luces piloto iluminándolo, ya que era de madrugada. Todo estaba muy solitario, hasta que llegó un automóvil que les cegó con sus faros.

Tres desconocidos se apearon. Michel creyó ver que un cuarto individuo se quedaba al volante. Dos iban con pistolas.

—Eh, tú.

—Cuidado, no se os vayan a disparar esos cacharros.

—La mercancía —exigió uno de ellos que no era otro que Gauguin.

—¿Qué mercancía?

—Las latas —le dijo Gauguin.

—Lo siento, se las han llevado los polis.

—¿Qué?

—Me pasaron en la carretera y confiscaron la mercancía. Dijeron que el contenido era tóxico. ¿Sois vosotros los responsables?

Uno de aquellos hombres, precisamente el que no llevaba pistola, se acercó al Volvo y tras levantar el toldo, dio un vistazo a su interior.

—Es cierto, no lleva nada.

—Oye, tú, queremos las latas.

—Ya os he dicho que se las quedó la policía.

—¿Y pretendes que nos lo creamos? —le dijeron más que le preguntaron, apuntándole con sus pistolas.

—Yo lo he visto —dijo Geraldine.

—Menos mal, ella es testigo.

—No nos lo creemos, tú tenías que traer las latas aquí, para nosotros.

—Las han confiscado —insistió Michel.

—No nos tragamos ese cuento y vas a buscar las latas y a entregarlas tal como debías al aceptar el encargo del transporte de la mercancía.

—Entonces, ¿vosotros sois los almacenistas de ultramarinos asiáticos enlatados?

—Exactamente.

—¿Y por qué vais con pistolas?

—Porque ya estamos hartos.

—Yo también estoy harto.

—¿Qué hacemos ahora? Paul se va a poner furioso —gruñó nervioso uno de aquellos sujetos.

Gauguin le cortó:

—Cállate, idiota.

—Nos llevaremos a la chica y tú, antes de veinticuatro horas, habrás recuperado la carga.

—Imposible, ya os he dicho que se la ha llevado la policía.

—Idiota, la policía no se ha llevado nada.

—¿Ah, no?

—No, la policía no se ha llevado las latas, han sido tus compinches y si no las devuelves antes de veinticuatro horas, a la chica le pasará algo muy desagradable y luego te buscaremos a ti. Es posible que te planchemos la cabeza con las ruedas de tu propio camión —le amenazó Gauguin, siempre blandiendo su pistola.

—Los idiotas sois vosotros, fue la policía. Venía un motorista.

—Pareces demasiado listo, ¿crees que nos vamos a tragar eso? Si había un motorista sería uno del gang de Ponti disfrazado, no es la primera vez que lo hacen. Tienen mucha facilidad para disfrazarse de policías, es su especialidad. Entre los tipos del gang de Ponti sabemos que hay tres que habían pertenecido a la policía, pero que fueron expulsados por cohecho, robo y violación y saben muy bien cómo pasar de nuevo como agentes. Tienen papeles en blanco que rellenan cuando quieren, uniformes, placas, de todo. A los tipos como tú os impresionan los policías y en seguida les dais lo que os piden.

—Toma, porque no quiero ir a dar con mis huesos en la cárcel.

—Averiguaremos cuánto te han pagado. Te juro que lo vas a pasar muy mal y dile a Ponti que Paul está dispuesto a cargárselos a todos. Habrá un San Valentín en París.

—Pero, ¿de qué habláis? Yo soy un honrado transportista que está pagando su camión a plazos.

—Una mierda es lo que eres —le replicó Gauguin.

A Michel Rollan, un hombre de estatura considerable, joven y con unos brazos musculosos, no le sentó nada bien aquel insulto. Casi de inmediato, replicó con un puñetazo digno del mejor peso medio mundial.

La mandíbula y los dientes de Gauguin crujieron estremecedoramente. Sus ojos dejaron de estar centrados y pareció que las niñas de los mismos comenzaron a dar vueltas de forma descontrolada. Era evidente que Gauguin no era un encajador de primera y que desde el instante mismo de recibir el golpe, su cerebro se había sumido en las tinieblas de la inconsciencia. Las rodillas se le doblaron, cada una por una dirección distinta, y se fue al suelo.

—Quieto o la mato a ella —advirtió otro de los matones del gang de Paul.

Geraldine dio un leve grito de miedo, pero no pudo escapar de la mano que le atenazó el brazo.

Se volvió hacia el tipo que apuntaba a la cabeza de Geraldine con su pistola.

—Si le haces algún daño, palabra que te mato a puñetazos.

El otro sujeto tenía un arma sorprendente, un arma con la que Michel Rollan no contaba. Era una pelota tipo tenis que debía estar rellena de perdigones de plomo.

Posiblemente, aquel hombre había sido pelotari o jugador de tenis, porque sabía lanzar muy bien la pelota rellena de plomo. Aquel proyectil dio en la sien de Michel, que acusó el impacto derrumbándose.

—¡Asesinos! —gritó Geraldine.

Gauguin seguía en el suelo, pero el que acababa de lanzar el diabólico proyectil en forma de inocente pelota, recogió ésta y luego se acercó al caído Michel para comenzar a darle patadas con la evidente intención de lastimarlo cuando Michel no podía responder a aquellos golpes.

—Déjalo, déjalo, lo vas a matar, cobarde! —chillaba la joven.

—¡Cierra la boca! —exigió uno.

—Vamos, hay que recoger a Gauguin y largarnos de aquí. Puede que los maricones de Ponti merodeen cerca.

A Gauguin tuvieron que meterlo a rastras dentro del coche y a Geraldine le dieron un puñetazo en el hígado que la hizo encogerse sobre sí misma, dejando de gritar.

Amordazada y convenientemente atada, fue introducida en el maletero del coche que había irrumpido allí sorpresivamente.

Después, el coche, haciendo roncar su motor, abandonó el garaje dejando tirado en el suelo a Michel, que tenía sangre en el rostro y diversos hematomas en el cuerpo.

Un vigilante, tras mirar con recelo hacia la salida, se le acercó despacio. Llevaba consigo una botella de coñac de petaca. La acercó al caído y le hizo beber un poco.

Michel tosió, todo le dolía rabiosamente. Abrió los ojos y miró al vigilante que le preguntó:

—¿Llamo a la policía?

CAPÍTULO IX

Paseó sus ojos por la salita, era amplia y no parecía tener ventanas que dieran a la calle; si había ventanas, estarían detrás de los espesos cortinajes y la renovación del aire debía hacerse de forma artificial.

Aquella estancia estaba recargada de cortinajes, marcos, figuritas doradas y espejos. El suelo era de parquet y el sofá en el que Geraldine se hallaba tumbada, muy grande y mullido.

Tenía los tobillos atados entre sí y lo mismo le sucedía con las manos, sujetas a la espalda. También tenía una mordaza que le impedía gritar.

Su situación era muy delicada, había de esperar a que alguien le quitara aquellos pañuelos y cintas que la mantenían bien sujeta.

La salita parecía especial para encuentros de «amores» rápidos.

Se abrió la puerta y Geraldine cerró los ojos para no delatar que estaba despierta.

Dos hombres entraron en la salita. Uno de ellos era Gauguin que, señalándola, dijo:

—Ahí la tienes, Paul.

—No parece peligrosa.

—Creo que en esta ocasión se ha perdido el negocio —gruñó Gauguin.

—No lo sé, aún tenemos posibilidades. Se ve la mano de Ponti «el Corso» en todo esto.

—No nos va a perdonar la muerte de tres de sus hombres.

—Sí, tiene la excusa de la *vendetta*, pero lo que a él le interesa es el negocio, un negocio que no se termina tan pronto. Queda la posterior venta y eso cuesta tiempo, aunque todo anda mal por ahora.

—¿Crees que sacaremos algo?

—Sí, aunque para conseguir esos millones tenga que liquidar a Ponti de una condenada vez. Ahora, déjame solo con ésta.

—Si me necesitas, llámame.

—Sí, claro, pero para trabajar a una chica no me haces falta.

—Naturalmente, Paul, para las mujeres eres un tío.

Gauguin se marchó y Geraldine entreabrió los párpados para ver al jefe de aquel gang que tenía su guarida en París, aunque operaba con negocios a nivel internacional.

Paul tenía el cabello lacio, rubio claro. Sus ojos eran de un azul desvaído y apenas tenía labios.

Su aspecto era duro. A cierta distancia no carecía de atractivo, pero visto de cerca transpiraba maldad. Debía ser un hombre incapaz de sentir piedad.

Sin duda era un tipo codicioso, no usurero, sino de los que ansían el dinero para tener lujos y poder.

—Abre los dos ojos, zorra, sé que no estás dormida, claro que si quieres que utilice tu oreja como cenicero...

Geraldine abrió los ojos de inmediato. Lo vio junto al sofá y le pareció muy alto, no en vano ella estaba tumbada, medio encogida sobre el diván.

—No estás en la mejor postura para admirarte, pero pareces una chica atractiva. ¿Eres corsa?

Geraldine negó con la cabeza puesto que la mordaza le impedía hablar.

—¿De dónde te ha sacado Ponti?

Ella, como respuesta, le miró con ojos desconcertados.

—Mira, pequeña, tú y yo vamos a hablar un buen rato, a hablar y algunas cosas más. Todo dependerá de lo que yo desee, porque tú vas a obedecerme en todo, no te queda otro remedio.

Geraldine seguía mirándole sin poder decir nada, pero tampoco afirmaba ni negaba nada con gestos.

—Te voy a dejar la boca libre, pero no harás tonterías, entre otras cosas porque aunque gritases, aquí nadie te iba a oír. En cambio, a mí me molestan mucho las mujeres chillonas. Estoy acostumbrado a trataros, tengo un club y muchas mujeres dependen de mí y las que no me obedecen sin rechistar, reciben la visita de mis gorilas. Dan unas palizas que las que las reciben suelen quedar idiotas, ya nunca más hacen nada bueno. Un puñetazo suyo es suficiente para reventarte un riñón que ya no te servirá nunca más; te pueden hundir los pulmones o dejarte sonada como un boxeador sesentón. Te cuento todo esto para que sepas lo que te juegas. Te conviene ser sumisa, obediente y dar las respuestas que te pida. No tengo tiempo para perder, soy un hombre ocupado. Además, me estoy jugando mucho en este asunto y no estoy dispuesto a dejarlo correr. Podría empezar haciéndote probar el dolor. ¿Tienes muy finas las plantas de los pies, o los pezones? ¿Te han aplicado pitillos encendidos sobre la piel, especialmente en lugares atrayentes? —sonrió sádicamente—. No creas que son pocas las que han probado estas diversiones. En fin, ahora ya sabes lo que te juegas

y todo depende de ti.

Le quitó la mordaza y Geraldine aspiró el aire con fuerza.

—Creo, creo que me habéis confundido —balbuceó, asustada.

Paul cogió una silla y se sentó frente a ella. Una mesita de centro estaba a su alcance, allí tenía un cenicero, una botella de coñac y una copa.

—¿Que nos hemos equivocado, qué quieres decir?

—Hablas de un tal Ponti y yo no sé quién es, te lo juro, no sé quién es.

—De modo que ahora quieres hacerme creer que no trabajas para Ponti.

Ella insistió.

—Te juro que no le conozco, tienes que creerme, tampoco sé quién eres tú.

—Al parecer, no sabes nada.

—Bueno, tanto como nada —replicó Geraldine, tratando de mantener su sangre fría.

—Entonces, veamos qué es lo que sabes.

—Pues, que Michel no sabe nada.

—¿Michel, el camionero?

—Sí, él no sabe nada —insistió.

—Mira qué bien, aquí nadie sabe nada.

—Te juro que yo no sé nada sobre los calamares.

—Eso de los calamares parece de risa, pero te aseguro que no lo es. Son calamares de Asia, querida, calamares muy valiosos.

—Yo iba por otra cosa.

—¿Ah, sí, qué cosa?

—Por el medio millón de francos de Anthony.

—¿Medio millón de francos de Anthony? Oye, ¿de qué asunto me hablas ahora?

—Anthony me propuso hacer que el camión se detuviera en una carretera de segundo orden. Una vez allí, Anthony cogería el medio millón y nos largaríamos. Ni él ni yo sabíamos que esas latas de calamares tuvieran tanta importancia.

—Oye, no pretenderás que me trague semejante cuento, ¿verdad?

—No hay otro, yo no sé nada de ese Ponti del que hablas, nada. Yo sólo quería ganarme cien mil por recuperar ese medio millón.

—Y ese medio millón, ¿de dónde sale?

—Es el dinero que le pagaron a Anthony por vender coches usados a un tipo que se los lleva a países subdesarrollados.

—¿Coche robados?

—Lo ignoro, eso a mí no me importa.

—¿Eres la amante de ese Anthony?

—No soy la amante de nadie.

—¿Quieres decir que no eres una zorra?

—No, no soy ninguna zona, quiero vivir tranquila.

—Según la prensa, tú apuntaste con una pistola al camionero haciéndolo salir de la carretera.

—Es cierto, estaba desesperada.

—Está bien, está bien, eres la doncella de París, pero para que me crea lo que dices será necesario que lo confirme el tal Anthony.

—Apenas le conozco.

—¿No sabes más que su nombre?

—Sólo.

—¿Cómo es?

—Un tipo sesentón que quiere pasar por *play-boy*. Se cuida mucho, tiene el cabello blanco. Se parece a ti en algo, pero con más años y viste de sport.

—Eso es poco. ¿Dónde vive?

—No lo sé.

—Malo, malo para ti, nena.

—Debía encontrarlo en el café Saint Jack.

—¿Café Saint Jack, cuándo?

—Yo tenía que dejarme caer por allá. Él lleva un coche sport rojo.

—¿Robado?

—Puede. Le cambió las placas, así que no es de fiar.

—Está bien, le buscaremos. Como no sea verdad, lo primero me divertiré un poco contigo, puesto que no eres una zorra, sino la doncella de París. Luego, te raparemos la cabecita, te dejaremos sin ese cabello tan lindo que tienes y te pondrán una loción ácida, muy ácida, tanto que te quemará el cuero cabelludo y jamás te volverá a crecer el pelo. Después...

—¡Basta, basta!

—Ahora te vas a quedar quietecita aquí hasta que vuelva a verte.

—Desátame.

—No, no, podrías hacer tonterías.

—Por lo menos los pies, que pueda moverme.

—Bueno, seré un poco condescendiente puesto que quizá dices la verdad, pero si has mentido lo pagarás. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Geraldine.

—¿Dónde vives?

—En ninguna parte. Vivía en Montecarlo, pero ya no.

—Si has dicho la verdad, yo podría darte trabajo en mi club. Ganarás lo suficiente para alquilar un pequeño apartamento o compartirlo con otra, te va a convenir.

La muchacha prefirió no rechazar ni replicar, su situación era demasiado apurada para mostrarse orgullosa en aquellos momentos.

Estaba prisionera de una banda de gangsters que ignoraba a qué

se dedicaban. Sólo sabía que el llamado Paul era el jefe y tenía un club, un club cuyo nombre desconocía y lo peor era que no podía llamar a la policía. Escapar de allí podía significar su ingreso en prisión. ¿De qué la acusarían? Era mejor no pensarlo.

Había cedido a la petición de Anthony en un negocio que le había parecido muy rápido y ahora se veía envuelta en un rollo muy complicado, un rollo donde matar parecía un juego.

CAPÍTULO X

—Quieto.

El médico, un hombre con más años que francos en su cuenta corriente, hundió la aguja hipodérmica en el fuerte brazo de Michel Rollan y vació el contenido de la jeringa en el torrente sanguíneo del camionero.

Michel miró la jeringa y le pareció demasiado grande.

—¿Quiere decir que me voy a tragar todo eso?

—No se preocupe, es una solución de glucosa y algo más, le aliviará los dolores por unas horas y le dará fuerza. Ha tenido suerte, aunque tiene hematomas en cantidad y algunas fisuras que harán que le duela mucho al respirar hondo.

—Pero, no tengo ninguna costilla rota, ¿verdad?

—No, no hay costillas rotas, no obstante, será mejor que dentro de dos días vuelva o pase por alguna clínica para una nueva revisión. Y si tiene alguna lipotimia...

—¿Lipotimia?

—Sí, una bajada de tensión, mareos o desmayos. Sobre todo si sufre algún desmayo, busque rápidamente a un médico y explíquele lo que le ha sucedido.

—Si estoy desmayado, mal podré buscar a un médico.

—Y ahora, ¿doy parte a la policía?

Michel abrió mucho los ojos.

—¿Parte a la policía por haberme caído por una escalera?

—¿Seguro que se ha caído de una escalera?

—Vamos, doctor, no estará pensando que miento.

—No, claro que no. Menos mal que no tiene heridas incisivas porque si le llegan a pinchar sí que hubiese tenido que dar parte.

—El que me ha pinchado ha sido usted con ese jeringazo.

Michel pagó y salió a la calle. Tenía que encontrar a Geraldine, estaba seguro de que ella no estaba implicada en lo que le había sucedido, sino que era tan víctima como él.

Algunos nombres bailaban en su cerebro, removido por el pelotazo de plomo.

No estaba seguro de cómo debía actuar, lo que sí estaba seguro es que no podía pedir a la policía que le ayudara porque Geraldine iba a pasarlo mal.

Regresó al Volvo, subió a él y buscó la lata que tenía escondida y un abrelatas que llevaba en la guantera para su propio uso.

—Ahora veré qué mierda llevas aquí dentro.

Todo el dolor de su cuerpo se mezclaba con la rabia que sentía. Buscar a Geraldine en París era un problema tan grande como buscar en el océano Atlántico una sardina previamente marcada.

—Me las pagarán —gruñía de forma ininteligible mientras el abrelatas trataba de descubrir el misterio de los calamares de Taiwan, o quizá fueran japoneses, pescados quién sabía dónde.

Cada movimiento que hacia le provocaba dolores en varios músculos del cuerpo.

Aquellos tipos se habían ensañado con él pateándolo cuando yacía inconsciente por aquel pelotazo de plomo que le podía haber partido el cráneo.

—Yo no sé quiénes son ni cuántos están metidos en todo esto, pero los descubriré, los descubriré y me los cargaré a todos. Los voy a planchar con mi Volvo.

Al fin, abrió la lata y no le faltaron motivos para sorprenderse.

Se encontró con una espuma plástica protectora, una esponja de color amarillo que tenía la forma exacta de la lata.

—¿Qué es esto? —se preguntó.

Pinzó aquel pedazo de espuma que parecía haber sido arrancada de un sofá y descubrió lo que ocultaba.

—¡Un reloj!

Lo examinó, tan sorprendido como curioso. Al alcance de los ojos tenía un reloj nuevo sin duda alguna.

Silbó de admiración.

—Nada más y nada menos que un Rolex...

Lo cogió por la cadena con mucho cuidado, como para no dejar sus huellas dactilares en él, y lo observó con más atención.

—Esto es contrabando de relojes Rolex, una maravilla de los relojes... Este valdrá dos mil dólares por lo menos.

De modo que en vez de calamares en lata, se trataba de un cargamento de relojes de lujo. ¿Cuántos llevaría?, se preguntó. ¿Ochenta mil latas, cien mil, acaso?

Son muchos relojes, se dijo. Y tantos relojes, si iba a uno por lata y a dos mil dólares... Silbó al imaginar la cifra, doscientos millones de dólares. Preocupado, intentó rebajar.

—Quizá sean sólo ciento cincuenta, ya no viene de unas docenas

de millones de dólares, pero ¡qué bestia soy! Esto es fabuloso.

En aquellos momentos, se olvidó de todos sus dolores.

Era consciente de que había participado en el contrabando más grande jamás imaginado por él. Habían puesto en sus manos, dentro de su camión, docenas y docenas de millones de dólares en relojes Rolex sin que él lo supiera.

—Con razón se matan a tiros por la carga, pero ahora lo tiene todo la policía. O, ¿será cierto que eran policías «full»?

El doctor le había dejado en bastantes buenas condiciones como para comenzar a moverse. Ansiaba toparse con uno de los gangsters para desahogar toda su rabia.

—Tengo que encontrar al Ponti ese o al Anthony. Geraldine me dijo dónde encontrarlo. Estoy metido en un lío entre bandas de gangsters que se roban entre sí y creen que trabajo para el tal Ponti. Habrá que demostrar que están equivocados. Si por lo menos pudiera avisar a la policía, pero Geraldine pagaría por todos. ¿Me habré enamorado de esa chica? —se preguntó—. Una chica siempre es una chica y el que uno quiera llevársela a la cama es lógico, pero enamorarse es otra cosa. Bueno, Michel, deja de pensar en tonterías y ponte en movimiento. Arre, Volvo, vamos a buscar un sitio para aparcar dentro de la ciudad y si alguien se cabrea, que se cabree.

Puso en marcha el camión. Podía dirigirse a su apartamento situado a las afueras de la ciudad en uno de tantos polígonos dormitorio que tenía la gran metrópoli.

Ya no quedaban relojes enlatados en su camión, podía considerarse al margen de todo, pero estaba Geraldine, se la habían llevado y no quería pensar en lo que podía estarle ocurriendo.

Circuló por la ciudad hasta descubrir el café Saint Jack.

Si Anthony andaba por allí, podía reconocer el camión y se asustaría, por lo que optó por buscar un estacionamiento algo alejado y regresó caminando.

Por los alrededores no se veía el coche sport rojo. Observó que en la acera contraria adonde se ubicaba el café Saint Jack había otro café más pequeño y se metió en él, quedándose cerca de la puerta para observar quién entraba y salía del otro local.

—¿Qué va a ser?

—Dos suizos y dos cafés —respondió al camarero.

Cuando hubieron pasado dos horas, se dijo:

«Diablos, al tipo ese le conozco y no sé de qué. ¿Se me habrá hecho salsa el cerebro?»

De lo que sí estaba seguro es de que aquel individuo no era el Anthony que le describiera Geraldine. No era el viejo *play-boy* que se dedicaba a la compra venta de coches robados, coches que luego partían hacia ignotos países metidos de contrabando en barcos que los

transportaban como si fueran coches de segunda mano, sólo que ninguno de ellos iba con placas de matriculación y los números del motor eran raspados cuidadosamente.

Aquel tipo que le llamó la atención se metió en el café y no volvió a salir. Si lograra verlo de nuevo, quizá lo reconociera, pensó, pero ya no salía.

De pronto descubrió el coche rojo que conocía bien, el pequeño sport que Geraldine utilizara para hacerse la víctima en la carretera.

Observó al tipo que se apeaba del automóvil, un viejo que se empeñaba en pasar por joven. Sin duda era aquél el tipo que había metido en problemas a Geraldine, el tipo que debía encontrar medio millón de francos en el camión, pero el destino había querido crear problemas porque el mismo camión había sido elegido para dos fraudes distintos.

Iba a abandonar el café para ir en busca del tal Anthony cuando aquel tipo volvió a salir, pero acompañado del otro que había reconocido en parte. Al verle de frente, acabó por reconocerlo del todo.

—Ese es el tipo que tumbé en el parking de camiones...

Gauguin llevaba una gabardina cubriendo su mano, una mano que empuñaba a Anthony y Michel dedujo de inmediato que aquella mano iba armada y que el tal Anthony no caminaba de buen grado.

Su rostro, que después de haber pasado varias veces por las manipulaciones del cirujano estético ya no era más que una máscara inexpresiva, ahora expresaba miedo, sí, más miedo que preocupación. Estaba muy cerca de la muerte y no por vejez. El cañón de una pistola le empujaba entre los riñones.

Anthony no fue conducido a su coche rojo, sino a otro más grande, dentro del cual aguardaban dos tipos. Era un Peugeot último modelo de color claro, entre un gris y marrón metalizado, resultaba difícil determinar qué color era aquél.

Michel corrió en busca de su camión. A su favor tenía haber observado previamente las direcciones de las calles.

Subió al Volvo. La altura de su asiento le permitía ver por encima de los otros vehículos.

Rozando los coches estacionados, salió por una bocacalle justo cuando veía pasar el Peugeot «diesel». Sin encomendarse a Dios ni al diablo, se introdujo en el bulevar obligando a otros vehículos a frenar ante la masa del Volvo en movimiento. Le tocaron el claxon.

—¡Idiotas, a ver si no tocáis tanto el pito! —masculló Michel, maniobrando con rapidez.

La densidad del tráfico era considerable. El Peugeot en el que iban los gangsters no parecía querer llamar la atención y seguía la marcha general. Michel no le perdía de vista desde el camión.

—Espero que no me descubran —se dijo—. Si lo hacen, no voy a poder perseguirles.

El Peugeot fue en busca del Périphérie. Una vez se hubo introducido en el bulevar que rodeaba París, aceleró y el Volvo tuvo que hacer lo mismo.

Alcanzó una respetable velocidad puesto que no llevaba carga consigo, pero sus grandes y múltiples ruedas hicieron estremecer a los conductores de otros turismos que al verlo pasar cerca supieron lo que era el miedo.

Los airados claxonazos de protesta no servían de nada. Michel estaba en plena persecución y maniobraba con rapidez el gran volante al tiempo que controlaba el freno que tenía que utilizar de cuando en cuando para no pasar por encima de otros coches que le precedían.

—¡Corre, macho! —gritaba—. ¡Corre! ¡Apartaos, idiotas, apartaos, que vengo!

Sin embargo, sabía que si cometía alguna infracción saldría la policía de tráfico tras él y perdería la pista del coche de los gangsters que le precedía a cierta distancia y al que podía ver gracias a la superior altura de su asiento. Y si lo perdía, ya no volvería a encontrar a Geraldine.

Mas, perseguir por París a un coche potente y de lujo con un camión pesado no era fácil, nada fácil. Tenía todas las de perder y también podían perder demasiado los que se le cruzaran de pronto.

La muerte circulaba a gran velocidad en forma de Volvo.

CAPÍTULO XI

Anthony sonrió. Su sonrisa no era más que una mueca en aquel rostro varias veces rejuvenecido en el quirófano, que se negaba a ser viejo.

—Vas a decirnos dónde está Ponti —silabeó Paul con tono amenazador, sin dejar de fumar su cigarrillo.

Anthony había pasado por muchas situaciones desagradables en su vida y aquélla podía ser una más. Estaba rodeado por tres matones y frente al que parecía el jefe del gang. Había conocido a muchas clases de tipos duros y aquéllos lo eran, él lo sabía y por ser débil, acusaba el miedo.

—He oído hablar alguna vez de Ponti, pero no le conozco. ¿Es italiano?

—Es corso, viejo, corso, y no te hagas el idiota. Vamos, ¿dónde está?

—No lo sé, no le conozco.

—Feo, feo... Si no hablas, será peor para ti. Además, tenemos a la chica.

—¿La chica?

—Sí, esa chica que dice conocerte.

—¿Geraldine?

—Eso es, Geraldine. ¿Ves? Ya vas haciendo memoria.

—Ella tampoco sabe nada.

—Eso dice —replicó Paul—, pero yo quiero saber mucho y tengo prisa. Ponti se puede llevar a otra parte lo que es mío.

—No sé de qué habláis.

—Haced que recuerde algo.

Dos de los matones se acercaron más a Anthony y éste palideció.

—Esperad, esperad... No sé nada, palabra, no sé nada.

—¿Nada de nada?

—Nada. Yo tenía que recoger un paquete en el camión, eso es todo.

—¿El paquete del medio millón?

—Sí, eso es. ¿Os lo ha dicho Geraldine?

—Aquí, las preguntas las hacemos nosotros. ¿Quién debía darte el medio millón?

—Un tipo que tiene un nombre raro.

—¿Quién es?

—Yo le doy coches usados y él se los lleva para venderlos. Cuando cobra me paga, pero tiene una forma idiota de hacerlo, le gusta esconder el dinero en lugares diferentes, dice que es para que la policía no le coja.

—¿Esta vez le había tocado al camión?

—Sí, metió el paquete en el camión de los calamares enlatados. Yo no podía registrarlo y utilicé a la chica para que detuviera al camión, la verdad es que no me gustó nada.

—Mientes.

—Palabra que digo la verdad. He perdido mi medio millón, ¿os parece poco?

—Yo he perdido más, mucho más y por tu culpa, viejo. Tú actuabas de acuerdo con Ponti y metisteis el camión en el río; fuiste tú con la chica, por encargo de Ponti.

—¡No!

Paul hizo un gesto y Anthony recibió el primer puñetazo en los riñones, fue como si se los acuchillaran. Nada más doblarse de costado, otro puñetazo le dio en la oreja y cayó al suelo, pero no habrían de dolerle los huesos hasta que tratara de recuperarse.

Un intenso dolor hurgó dentro de su cabeza. Luego, una patada en el codo con el que se sostenía contra el suelo le dio la impresión de

que acababan de conectarla a una red de alta tensión.

—Levantadlo.

Entre dos lo pusieron de pie; sin embargo, las rodillas permanecían dobladas. Anthony ya tenía dificultades en mantenerse en pie. A cada golpe que recibía, más años parecían caerle encima.

—¡Habla!

Anthony respiró hondo antes de responder.

—No sé nada. Preguntádselo a Geraldine.

—Dale un poco de masaje, Gauguin.

Mientras los otros dos lo sostenían cogido por los brazos, Gauguin le dio puñetazos hasta que Anthony dobló la cabeza hacia adelante.

Paul dijo:

—Habrà que refrescarlo un poco.

Gauguin fue en busca de una jarra de agua, observando:

—Quizá no sepa nada como dice.

—Nos aseguraremos. Yo no puedo perder la mercancía, es demasiado valiosa.

Cuando Gauguin cogió por el cabello a Anthony para refrescarle la cara, observó que la boca le sangraba y tenía los ojos abiertos y vidriosos.

—Paul, creo que estaba demasiado viejo y no ha resistido.

—¿Muerto?

—Eso parece, no ha resistido la paliza.

—Vaya, si que ha sido mala suerte, no ha aguantado nada.

—¿Qué hacemos?

—Aún tenemos a la chica.

—¿Le damos una paliza a ella?

—Si sabe algo, hablará. Hay que impresionarla un poco.

Gauguin sonrió.

—¿Quieres que vea a su amigo cadáver?

—Eso no estaría nada mal para que coja miedo y hable.

—¿Y si se lo dejamos unas cuantas horas para que lo tenga como compañía?

—Sí, hasta la madrugada, entonces nos desharemos del cadáver.

—¿Lanzándolo al río?

—Sí, con una cadena alrededor del cuello.

—De acuerdo. Ahora, le llevaremos el cadáver a la chica para que vea qué feo se pone uno cuando se muere —se rió Gauguin.

—De madrugada seguiremos interrogándola. Habrá que buscar a Ponti de otra manera.

—¿Y si le preparamos una trampa?

—Es lo que estoy pensando. Llévate esa carroña de aquí.

Pocos minutos más tarde, Geraldine observó cómo la puerta de la salita se abría. Tenía miedo, seguía con las manos atadas a la espalda

y no había visto la forma de escapar de allí, tampoco había un teléfono cerca.

Cuando vio entrar a los dos gangsters llevando consigo un cuerpo humano, se asustó. Cuando lo dejaron sobre el sofá, lo reconoció de inmediato.

—¡Anthony!

Uno de los matones le advirtió:

—El jefe ha dicho que si no hablas, tú serás la próxima.

Ella les miró muy asustada. Aquellos tipos cerraron la puerta de nuevo, dejándola a solas con el cadáver de Anthony.

—Dios mío, si está muerto...

El viejo había quedado con los ojos abiertos.

Geraldine tembló durante unos segundos y luego comenzó a gritar. El miedo había penetrado en su cuerpo, abriéndose paso a zarpazos. Se acercó a la puerta y comenzó a golpearla con los pies y el hombro, pero era inútil, ella era incapaz de abrirla.

No pudo más y pegada a la madera de la puerta, se dejó caer hasta quedar sentada sobre el parquet. Allí, comenzó a sollozar convulsivamente.

Mientras, Gauguin volvía a reunirse con Paul, que evidenciaba nerviosismo y mal humor.

—¿Y si le propusieras un trato a Ponti? —preguntó Gauguin.

—Sí, un trato para que se confiase y luego lo mataría a tiros, pero él no se va a fiar.

—¿Se lo va a quedar todo?

—No. Ponti no es idiota, él sabe que yo puedo ponerme en contacto con mis amigos los chicos de Hong-Kong y puede ser su sentencia de muerte.

—¿Y si en vez de matarle a él nos matan a nosotros por no pagar?

—Sí, es una hipótesis a tener en cuenta. Estamos metidos en un lío muy gordo, Gauguin, y todo por ese bastardo de Ponti, claro que a él no le va a ser fácil desprenderse de la mercancía. Yo ya la tenía colocada en parte, tengo distribuidores en Bruselas, Amsterdam, en Berlín, Londres, Manchester, Roma, Madrid, Barcelona y Mallorca, seguro que los distribuía bien.

—¿Y sacar la mercancía otra vez del país?

—Eso es cuenta de cada distribuidor, yo soy el almacenista general. Dejo de ganar algunos millones, pero voy a lo seguro, a lo grande.

—Con este negocio vas a ganar más que con las drogas.

—Sí, es un negocio muy importante y ha de hacerse rápido y en silencio.

—Si supiéramos cuál es la guarida de Ponti.

—En París la desconocemos, él tiene su guarida en Córcega, pero

aquí le basta con comprar o alquilar cualquier almacén viejo donde tendrá amontonada la mercancía.

—¿Toda?

—Posiblemente, aunque parte debió perderse en el río.

—¿Valdría la pena limpiar el río?

—Sí, para que la policía se nos echara encima. Lo perdido en el río hay que olvidarlo, pero sé que no se perdió demasiada mercancía. Además, la que nos interesa está bien protegida; el agua no le afecta y los golpes tampoco.

—Me pondré en contacto con Edith a ver si ella sabe algo.

—Es urgente. Si esa chica me dice dónde puedo atrapar a Ponti, le compro un chalet en Saint-Tropez.

—Creo que a Edith le va a interesar el negocio.

—Ve a decírselo ahora mismo. Ah, ¿has visto a Mesaline?

—No, no la he visto.

—Si la ves, dile que venga a verme.

—La chica que tenemos encerrada no está nada mal. Si quieres divertirte, ella puede ser un juguete excelente.

—Lo pensaré. Ahora, lo que me preocupa es Ponti. Mientras, voy a hacer una lista de los lugares que los muchachos recorrerán a ver si encuentran a Ponti o a alguno de sus hombres.

—¿Vamos a bailar toda la noche?

—Si hace falta, sí. Voy a poner en marcha mis contactos, haré que el teléfono hierva. Llamaré a todas partes, daré un millón al que me diga dónde se esconde Ponti.

—¿Un millón?

—Sí, eso he dicho. Haz correr la voz.

—¿Dólares?

—No, idiota, francos, pero un millón es mucho, será suficiente para abrir los ojos de todo el hampa de París. Después de todo, no se trata de delatar a nadie a la policía, sino de un arreglo de cuentas entre Ponti y yo.

—Habrá miedo.

—No importa, un millón obra milagros.

—De eso puedes estar seguro. Por cierto, ¿y si somos nosotros quienes encontramos a Ponti?

—¿Lo dices por la recompensa del millón?

—Naturalmente.

—No temas. Si vosotros encontráis a Ponti, vais a ganar más de un millón. Este negocio ha de producir beneficios suficientes para que nadie se atreva a ponernos las manos encima. Nadaremos en millones, éste es el gran negocio de mi vida.

—Espero que a la hora del reparto no te olvides de tus amigos.

—Naturalmente que no, Gauguin, naturalmente que no.

CAPÍTULO XII

A cualquiera que conociera a Mesaline le hubiera sido imposible reconocerla dentro de aquel abrigo de astrakan, con gafas ahumadas de enorme concha y una peluca de grandes rizos castaños muy brillantes.

Llevaba los labios fuertemente pintados y fumaba con cierto nerviosismo.

—Ya hemos llegado, mademoiselle.

Mesaline pagó al taxista dándole una propina generosa. Este estaba acostumbrado a la generosidad de determinado tipo de mujer, mujeres a las que él consideraba zorras de la alta sociedad, mujeres exquisitas, con cuerpos de venus, pieles cuidadas al máximo con cremas costosísimas, mujeres que sólo se acostaban con tipos que tenían la billetera repleta.

El taxista sabía muy bien que Mesaline, siendo una mujer como lógicamente lo era su propia esposa, nada tenía que ver con ésta. Eran como animales distintos, seres de diferentes planetas. No pudo evitar entretenerse imaginando cómo sería una gozada con una mujer como Mesaline.

Un fuerte y largo claxonazo le sacó de sus libidinosas meditaciones. Suspiró y arrancó con su coche.

Sacó la cabeza por la ventanilla y despotricó furioso contra el automovilista que tenía detrás. Mesaline ya había desaparecido, engullida por un gran portal.

El edificio de apartamentos no estaba lejos de un gran hotel con una gigantesca araña de cristal de roca en su vestíbulo.

El edificio de apartamentos era antiguo pero muy confortable. En un ascensor dorado, que más parecía una jaula para pájaros exóticos, Mesaline subió al cuarto rellano.

Una vez allí, se le abrió una pesada puerta sin que necesitara llamar.

Un hombre, de gesto hosco, con gruesos bigotes y cara de policía, se hizo a un lado para que pasara al tiempo que le decía:

—El jefe te espera.

Mesaline ni respondió. Llegó hasta una amplia sala con ventanales desde los cuales se podía ver la orilla del Sena y se despojó del abrigo, arrojándolo sobre una butaca.

Ceñía su cuerpo un vestido de color champaña dorado que brillaba mucho por el tipo de hilo conque habían fabricado la tela. Sus hermosos senos, la estrecha cintura y bien redondeadas caderas, quedaron apreciablemente visibles.

Ponti estaba frente a un televisor a color de veintiocho pulgadas,

viendo una película de dibujos animados. En su mano sostenía un vaso conteniendo un piper mint on the rocks.

Ponti era un sujeto alto y grueso. Tenía el pecho abultado y sin embargo, sus piernas eran excesivamente delgadas, se le notaba por la holgura de las perneras de los pantalones.

Lucía una abundante cabellera lacia y brillante, muy bien peinada, dando imagen de los años veinte, pero cualquier profesional de la peluquería se habría percatado de inmediato de que aquel cabello era postizo, una peluca de calidad y posiblemente tan bien adaptada a su cráneo que sería difícil arrancársela.

—Hola, querida.

—Ponti, amor.

—Déjate de arrumacos.

Volvió su mirada hacia la película de dibujos y bebió un poco de la menta líquida.

Mesaline hizo unos movimientos sensuales sin conseguir que los ojos del corso se apartaran del televisor a color, donde un gato se las ingeniaba para acabar con dos ratones.

La chica iba a protestar, pero se lo pensó mejor y decidió esperar a que terminara el telefilme. Se sentó en el sofá, sacó de su bolso un largo cigarrillo y le prendió fuego, comenzando a fumar.

Cuando el filme terminó, el aparato se cerró automáticamente, ya que era una película de video.

—¿Y bien, Mesaline?

—Te has hecho con toda la mercancía, ¿verdad?

—Con toda, no.

—Yo creía que sí.

—Una parte se perdió en el río. Fue una estupidez que el camión con un cargamento tan valioso volcara en el río, claro que aún se podía haber perdido más.

—Paul está furioso.

Ponti se rió. Bebió otro trago para después decir:

—Paul es un idiota. Creía que por cargarse a tres de mis hombres se había librado de mí, de Ponti que soy yo. Tengo más hombres de los que él imagina y además son tipos listos que saben hacerse pasar por policías. De esta forma vaciaron el remolque en los talleres de reparación y vaciaron el camión en plena carretera sin disparar un solo tiro. La pena fue que matara a tres de mis hombres, todo podía haber salido con mucha facilidad.

—Tiene a la chica.

—¿La chica del camión?

—Si, creen que trabaja para ti.

Ponti volvió a reírse.

—Siempre había pensado que Paul era más listo de lo que

realmente es, y todo porque un día que nos enfrentamos, hace años, cuando él se creía un reyezuelo y yo empezaba, me llamó campesino corso o destripaterrones. El muy idiota... Se la tenía jurada y al final me he salido con la mía. Trataré de buscarme para asesinarle y no me va a encontrar. Peor para él, porque no podrá pagar a los chinos la mercancía que le vendieron y espero que sean ellos quienes se lo carguen. Sería una jugada a tres bandas.

—Paul está ofreciendo un millón al que te encuentre.

—Hum, ha puesto un precio muy alto a mi cabeza. Si llega a oídos de la policía se van a frotar las manos de gusto. A los polis, estos ajustes de cuentas entre gangs les vienen que ni pintados, les ahorran trabajo y problemas.

—Un millón puede obrar milagros.

—No estarás pensando tú en ese millón, ¿verdad?

Ella le miró a través del humo de su cigarrillo y despacio, muy despacio, como silabeando cada palabra, preguntó:

—¿Te he traicionado en alguna ocasión?

—A mí, no, pero a Paul sí, querida, es como si le hubieras puesto cuernos, es decir, sí se los has puesto. Él te considera su favorita y tú lo pasas mejor en mi cama. ¿No es así, querida?

—¿Y tú qué crees, Ponti?

—Mesaline, cuando me propusiste este negocio al enterarte de cuáles eran los planes de Paul, ya te dije que te iba a cubrir de joyas y a forrar de oro. Paul se las prometía muy felices, pero tu información me permitió entrar en este asunto con mis hombres y robarle la mercancía, no en vano soy más listo que él.

—Porque sé que eres más listo vine a ofrecerte el asunto, estaba segura de que no fallarías.

—Estuve a punto de fallar cuando uno de los hombres de Paul mató a mis hombres, pero en cierto modo, el que el camión se fuera al agua me favoreció porque podía haber escapado con toda la mercancía y a mí me dio tiempo a rehacerme.

—¿Y cómo te libraste de la policía?

—Tengo a un policía sobornado, él ha procurado desviar el asunto y mantengo la situación controlada. No te apures, esta partida se la he ganado a Paul y él lo sabe, por eso está furioso, no me va a encontrar a mí ni a los relojes enlatados.

—Sé que Edith te ha visto.

—¿Edith?

—Sí, la del Lido.

—Ah, ya, me he acostado algunas veces con ella. En escena es muy sexy, pero en la cama es tan sosa como quejica.

—Tú necesitas a una mujer como yo.

—Es verdad, pero también me gusta variar para no aburrirme.

—Si yo fuera tu mujer, la única, no me importaría que de vez en cuando cambiaras de panorama. Es más, yo te ayudaría a escogerlas, sabría hacerlo, podrías confiar en mí.

—¿Serías cabrona?

—Digamos que me mostraría complaciente contigo.

Ponti volvió a reírse y con sus ojos miraba fijamente los grandes y hermosos de Mesaline.

—¿Me estás proponiendo que me case contigo?

—¿Por qué no? No encontrarás otra mujer de cuerpo más perfecto que el mío.

—Estás muy pagada de ti misma.

—Igual que el mío puedes encontrarlo, pero más perfecto, no. Además, sabes que siempre que nos hemos acostado juntos te he complacido al máximo.

—Sí, a mí no me regateas tus favores. ¿Haces lo mismo con Paul?

—No, a Paul lo desprecio. Se cree duro y guapo y yo diría que está defectuoso.

—¿Defectuoso? —repitió Ponti, burlonamente interesado.

—Sí. Sus atributos masculinos no son tan espléndidos como él supone. Cree que puede complacer y no llega adonde debiera.

—Diablos, eso me gustaría decírselo a la cara a Paul.

Volvió a reír, regocijado, casi encogiéndose sobre sí mismo, disfrutaba con cuanto le contaban.

—¿Y de mí, qué dices?

—Tú eres un hombre como yo deseo, claro que prometes mucho y luego... —se calló para chupar con fuerza su cigarrillo.

—¿Luego, qué? —inquirió, frunciendo el ceño.

—Ya tienes los relojes y todavía no me has cubierto de joyas ni me has forrado de oro.

—Querida, en esta clase de negocios no se consigue liquidez de inmediato, hay que trabajar la mercancía, buscar los distribuidores, esperar a que te paguen, en fin. El dinero vendrá, pero hay que tener paciencia.

—¿Por qué no lo vendes todo en un paquete?

—¿Y quién va a comprar la mercancía de golpe?

—Paúl, por ejemplo.

—¿Paúl? —casi brincó de la sorpresa.

—Si Paul no recupera la mercancía, se arruina. Te puede pagar unos cuantos millones de dólares por ella. Él sí tiene los distribuidores en Francia y en el resto de Europa.

—Oye, ¿sabes que eres maquiavélica?

Ella sonrió tras el humo del segundo cigarrillo que acababa de encender.

—¿Lo tomo como halago?

—Bien pensado, sería una forma de quitarme los relojes de encima, cobrar rápido y terminar el asunto, pero, siempre hay un «pero» y en este caso, creo que hay dos.

—¿Y cuáles son?

—Primero, que el odio de Paul hacia mí aumentaría mil grados, me recibiría vomitando plomo.

—No creo. Paul es un tipo práctico y en este caso, lo primero es la mercancía. Si no la recupera, se arruina, porque los chinos le van a exigir que pague lo que debe.

—Queda el segundo punto.

—¿Cuál es?

—¿Paul tiene en efectivo esos millones de dólares que le pediría? Yo creo que no.

—Algo tendrá.

—Sí, un club y algún apartamento, un chalet, un par o tres de millones de francos en una cuenta suiza, pero yo estoy hablando de millones de dólares y eso es mucha plata o mejor habría que decir mucho oro.

—Puedes obligarle a que busque el dinero o le entregas los relojes en diferentes plazos.

—No me imagino a Paul pidiendo un crédito al Banco Nacional para pagarme lo que yo le he robado a él. Sería de risa, querida.

—Admito que es un poco complicado, pero también lo es vender esos relojes uno a uno.

—Pareces tener prisa por enriquecerte.

—La juventud se pasa, hay que vivirla al máximo y a mí me gusta el lujo.

—No hace falta que lo jures, querida.

—No quiero estar en un club como la favorita del amo, del jefe.

—Ya, tú quieres ser la propietaria del club.

—Exacto.

—¿Y pretendes que yo te monte un club?

—Si soy tu mujer, seré la dueña de un club o de varios, ¿no?

—Hablas siempre en supuestos, todavía no me he casado con una puta.

Ella aguantó la mirada del hombre. Parecía como si Ponti estuviera esperando una reacción airada de la mujer, como si en aquellos momentos pretendiera dominarla emocionalmente y darle a entender que por muy astuta y calculadora que se creyera, él la ganaba, estaba por encima de ella.

Pero Mesaline, en vez de negar o darse por ofendida, sonrió fríamente. Chupó su cigarrillo y luego comentó:

—Los emperadores no han dejado de ser emperadores porque sus esposas hicieran el amor con los soldados más aguerridos. Recuerda a

la otra Mesalina, a Cleopatra, a tantas y tantas. Los hombres ambiciosos como tú, sólo se casan con mujeres más ricas que ellos o con mujeres hermosas e inteligentes. Una mujer inteligente puede ayudar en sus negocios o planes a un hombre que lleve lo que ha de llevar en los pantalones, a un tipo que no se arrugue y pise con fuerza.

—¿Y si prefiero continuar soltero?

—Es tu problema, claro que si me montas un club, en fin, yo haré mis propios negocios.

—Lo pensaré, Mesaline, lo pensaré. Desde que supe que querían casar conmigo a la hija de un marqués por mi dinero, no me pasó jamás por la cabeza la idea de casarme. ¿Para qué, digo yo, si puedo llevarme a la cama a las mujeres más hermosas cuándo y como deseo, para qué?

—Una mujer es mucho más que el hecho de llevártela a la cama, mucho más.

—Prometo pensarlo, Mesaline, claro que ya sabrás que si tú te casaras conmigo y luego me enteraba de que te habías acostado con otro, eso te costaría una muerte muy desagradable.

—Te sería fiel.

—Te creo tan ambiciosa que supongo que sí me serías fiel.

—Piénsatelo. Mientras, podría hacer una tentativa con Paul.

—¿Qué clase de tentativa?

—Si tú quieres negociar con él, yo podría preparar el encuentro.

—No estaría mal, pero Paul sospecharía de ti.

—Eso es fácil de arreglar.

—¿Cómo?

—Por ti, hago lo que sea necesario —se le acercó, se arrodilló ante él y le pidió—: Golpéame la cara, golpéame hasta que se me abra la boca y me sangre la nariz.

—¿Por mí o por el poder del dinero?

—Golpéame y así podré decirle a Paul que me habéis capturado. Le transmitiré el mensaje que llevo de tu parte.

—Ingenioso, no es nuevo, pero suele dar resultado. Claro que si golpeo esa carita tan preciosa que tienes, puedo hacerte daño.

—Tienes que hacerme daño para que Paul no sospeche.

—Piensas en todo, ¿eh?

—Siempre.

Ponti dio un puñetazo a la boca de Mesaline que acusó el golpe con un quejido de dolor, al tiempo que caía al suelo.

—Vamos, arrodíllate de nuevo.

Ella obedeció. El labio se le había hinchado de pronto y por las comisuras le resbalaba un hilillo de sangre.

Los puñetazos se sucedieron y aunque escaparon de su garganta quejidos de dolor, no protestó. Ponti dejó de golpearla cuando ella

quedó tendida sobre la mullida alfombra.

—Creo que te he marcado lo suficiente para que puedas ir a llorarle a Paul, pero si me traicionas, esto no será nada. ¿Te imaginas que te arrancara la lengua para que no pudieras gritar y luego te encadenara viva en el interior de la cloaca? Se te comerían las ratas... Cuando te encontrasen, si es que te encontraban, sólo quedaría tu esqueleto. Las ratas de las cloacas de París son muy voraces, claro que si te portas bien, te cubriré de joyas y te forraré de oro.

CAPÍTULO XIII

Michel observaba el bulevar donde se ubicaba el club Luzbel.

Por la callejuela que desembocaba en el bulevar y que podía vigilar desde su puesto de observación, se había introducido el coche en el que viajaban Gauguin y los otros matones, era el vehículo en que se llevaran a Anthony.

Vio que se detenían junto a una puerta donde se apearon; luego, el coche reanudó su marcha, desapareciendo.

Dejó que pasara el tiempo. Ni Gauguin ni Anthony volvieron a salir, se hizo de noche y tomó una determinación.

—Adelante, Volvo.

Puso el camión en marcha y atravesó el bulevar con su mole. Se introdujo por la callejuela en la que a duras penas cabía. Se dio cuenta de que la taponaba al tráfico, se pegó a la pared y al llegar frente a la puerta que parecía de emergencia, se detuvo, de tal forma que la taponaba.

Si alguien hubiera deseado salir por aquella puerta no habría podido, pues la presencia del camión era un verdadero muro metálico.

Michel Rollan no perdió el tiempo. Salió de la cabina del camión por la portezuela opuesta al edificio que taponaba y en vez de apearse, lo que hizo fue trepar sobre la propia cabina. De allí saltó a una ventana, corriendo el riesgo de ser visto.

Aquel era un edificio antiguo. La ventana estaba alta y no tenía cornisas adonde cogerse. Por la altura a la que se hallaba, no se habían molestado en colocarle rejas de seguridad.

Con una herramienta-palanca de las que llevaba en su camión, consiguió forzarla.

La oscuridad del callejón y el que ningún coche se introdujera por allí le ayudó a que nadie le viera. Michel saltó sobre el alféizar y penetró en el edificio.

Comprobó que aquella ventana de pequeñas dimensiones no era

un mirador a la calle sino una especie de respiradero que daba a un corredor.

Escuchó unos claxonazos y atisbando por la ventana vio que un automóvil se impacientaba porque no podía entrar en la callejuela debido a que el camión la taponaba con su mole.

—Vete a la mierda —gruñó por lo bajo.

Se adentró por el corredor, olvidándose del obstáculo que su camión representaba en la calle. Escuchó voces y comprendió que debía esfumarse.

Abrió una puerta y se encontró con una pareja dentro de una cama. Ambos le miraron sorprendidos y el hombre, que obviamente era mucho mayor que la mujer, balbuceó:

—No he terminado aún...

—Pues, a ver si te das prisa, cabrón.

—Sí, sí, ya voy aprisa.

Ella se rió sin decir nada.

Michel aguardó junto a la puerta mientras las voces se deslizaban por el corredor.

—Oiga, ¿no se va a marchar? —preguntó el tipo que parecía muy preocupado.

—¿Qué pasa, no funciona?

—Pues, así, verá, yo no estoy acostumbrado...

—Está bien, ya me largo.

Michel abandonó, la habitación, el corredor ya estaba libre. Llegó al final del mismo donde había una escalera angosta pero enmoquetada. Hacia abajo, la luz aumentaba y llegaba música.

—Será el club Luzbel —se dijo.

Descendió para comprobarlo y atisbo entre unas cortinas de terciopelo rojo oscuro.

El club era amplio, poca luz, mucha moqueta y luces psicodélicas. Había bastantes mujeres, pero Michel dedujo que Geraldine no estaría allí, por lo que decidió retroceder.

Descubrió otra puerta cerrada, se hallaba en el rellano y junto a las cortinas. Metió la palanca de ajustar neumáticos y la reventó, esperando para ello unos instantes en que la música que sonaba en el club aumentaba de volumen.

Empujó la puerta abierta por la brava y descubrió otra escalera, esta vez descendente. Unas tenues luces piloto la iluminaban y dedujo que si querían retener a alguien contra su voluntad, lo lógico sería que le encerrasen en un sótano o algo parecido.

Aquel edificio debía ser muy antiguo y no tenía un sótano, sino dos.

En el que estaba también había un corredor con una ventana al fondo que daba a un sucio y tenebroso patio interior, cuyo nivel debía

estar por debajo de la calle; allí debían pulular las ratas.

A derecha e izquierda había puertas, contó hasta cinco y supuso que eran habitaciones como las de arriba o simplemente trasteros.

Con los nudillos golpeó una de ellas y después llamó, pegándose a la hoja de madera.

—Encanto, encanto....

No obtuvo respuesta. Hizo lo mismo con otras dos puertas y a la cuarta consiguió resultado.

—Michel, Michel, ¿eres tú?

Pudo comprobar que estaba cerrada con llave. Con su herramienta que terminaba como un destornillador gigante curvado y cuyo cilindro para coger tenía dos centímetros de grosor, reventó también aquella puerta.

Se encontró con una salita en cuyo centro estaba Geraldine con las manos atadas a la espalda.

—¡Michel!

—Hola, encanto.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Llamando a las puertas, encanto, hay que ser educado. Y ése, ¿qué hace en el suelo?

—Está muerto.

—¿Lo han matado los bastardos que me zurraron a mí?

—Sí.

—Es Anthony, ¿verdad?

—Sí. Lo han golpeado hasta matarlo y han dicho que a mí me harían lo mismo.

—¿Y por qué?

—No sé, hablan de un tal Ponti y de la mercancía que ha desaparecido.

—Te voy a liberar, encanto.

—Gracias, tengo las manos sin tacto. ¿Saben que estás aquí?

—No creo, de lo contrario me hubieran invitado a la barra del club. Está muy animado y hace algún tiempo que no me divierto lo suficiente.

—No digas tonterías. Si te descubren aquí, ayudándome, te van a matar, como a Anthony.

—Esta vez no me dejaré sorprender como un pajarito. Tengo esto —le mostró aquella herramienta capaz de quitar un neumático de la llanta para poder cambiar la cámara.

Cuando la liberó, Geraldine le mostró sus manos embotadas, no podía mover los dedos. Michel las cogió entre las suyas y se las frotó hasta que reaccionaron.

—¿Mejor así?

—Sí, mejor —reconoció la muchacha.

—¿Quién es el jefe de todo esto?

—Un tal Paul. Es un asesino, tengo miedo.

—Por cierto, ¿sabes qué eran los calamares chinos?

—Pues, ¿calamares?

—Fallaste, encantó, no eran calamares, sino relojes.

—¿Relojes?

—Sí, de la marca Rolex.

—¿Rolex, esos tan caros?

—Sí, dos mil pavos americanos por cada relojito. ¿Qué te parece?

—¿Contrabando?

—Eso creo.

—¿Y cuántos venían?

—No sé, supongo que un reloj por lata, docenas de miles de relojes.

—Eso es una fortuna.

—Sí, muchos millones, tantos, que marea sólo contarlos. Imagino que hay mucha gente metida en este tomate. Algún agente de aduanas estará sobornado y también algún policía, si no, no se entiende que no les hayan atrapado ya, pero vámonos de aquí.

—Pero, ¿quién tiene los relojes ahora, la policía?

—Me temo que el tal Ponti, que no sé quién es.

—¿Crees que podremos escapar?

—Claro que sí, encanto. Tengo el caballo esperando junto a la ventana.

—¿El caballo? —repitió la joven, sorprendida.

—Sí, encanto, como en las películas del Oeste. Anda, vamos.

La cogió de la mano, llevándosela, pero al llegar a la escalera se detuvo.

—Parece que viene alguien y no quiero que me encañonen con los pistolones.

—Si nos sorprenden estamos perdidos, no nos dejarán salir vivos de aquí.

—No te desesperes tan pronto, encanto, todavía estamos vivos.

Ante la proximidad de las voces, retrocedieron hasta esconderse de nuevo en la salita donde yacía el cadáver de Anthony.

Los pasos se detuvieron cerca, una puerta se abrió y cerró. Michel le pidió a Geraldine:

—Aguarda aquí, encanto, voy a hacer de portera.

Se deslizó por el corredor hasta pegarse a una puerta en la que pudo oír llanto.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó una voz dura y tajante, una voz que no era otra que la de Paul, el propietario del club Luzbel.

—Ponti, ha sido Ponti. Salía de una boutique del Boulevard des Capucines cuando...

—¿Qué te han hecho?

—Me han metido en un coche y me han llevado a un almacén.

—¿Sabes dónde está ese almacén?

—No.

—Idiota, haz memoria.

—Te juro que no lo sé. Allí he visto al miserable de Ponti, está gordo y su peluca le sienta de mierda. Me han golpeado, Paul, me han golpeado y sólo para convertirme en su mensajera.

—¿Mensajera, dices?

—Sí, Paul. Me han golpeado miserablemente porque no podía defenderme.

—¿Y qué mensaje te han dado para mí?

—¿Qué te pasa, Paul, es que sólo te interesa el mensaje de Ponti y no el daño que me han hecho?

—Ya veo que te han hinchado la cara, pero eso se cura. Descuida, que yo pagaré todo lo que haga falta para que sigas siendo la mujer hermosa de siempre.

—¿De veras, de veras me quieres igual que antes, pese a como estoy?

—Claro que sí, pero habla de una condenada vez. ¿Qué es lo que quiere ese maldito Ponti?

—Dice que puedes recuperar la mercancía.

—¿Cómo?

—Dice que pagándosela, que te saldrá a buen precio.

—¡Hijo de perra, lo mataré por esto!

—Dice que te llamará para que podáis quedar de acuerdo. Que si te interesa, te lo vende todo.

—¿Te ha dicho cuánto quiere?

—No.

—Lo mataré, hijo de perra, lo mataré...

—Creo, creo que no sabe a quién vender.

—Yo sí tengo la mercancía colocada. Me roba y ahora pretende vendérmela a mí, a mí que me he gastado una fortuna tapando bocas y he pagado a los chinos la mitad de lo que vale la mercancía.

—¿Debes aún la otra mitad?

—Sí, y si no pago, esos chinos son capaces de lo peor. Los chinos de Hong-Kong están conectados con la mafia internacional.

—¿Corres peligro?

—Sí, sí, lo corro.

—¿Y si compras a Ponti?

—¡Dirás si cedo al chantaje de Ponti, porque la mercancía es mía!

—chilló Paul, exasperado.

—Si le pagas, ¿podrás recuperarte?

—No lo sé, depende de lo que pida, aunque lo mejor es no

pagarle. ¿Cuántos hombres tiene?

—No lo sé.

—¿Cuántos has visto tú?

—Tres y al propio Ponti.

—¿Sólo?

—Sí, sólo tres y fue Ponti quien me pegó.

—Está bien, quédate aquí, ahora vendrán a curarte.

—Gracias, Paul, gracias. Si es por ti, no importa que me peguen.

—Ya te compensaré por esto.

Paul salió al corredor. Allí ya no estaba Michel, pero al llegar a la escalera se encontró con Gauguin y una chica que le acompañaba.

—Hola, ¿novedades?

—Sí, Edith tiene novedades —dijo, bajando la voz.

—¿Qué pasa? —inquirió Paul.

—Edith ha visto a uno de los hombres que acompañaban a Ponti.

—¿Ah, sí?

La propia Edith explicó:

—Iba con Mesaline.

—Le han golpeado —dijo Paul.

Edith negó con la cabeza.

—¿Ah, no, quieres que te enseñe la cara que le han puesto?

—Mesaline es la fulana de Ponti —dijo Edith, bajando el tono.

Paul abrió mucho los ojos.

—Si mientes, te parto la cara.

—No miento. La he visto entrar en cierto lugar y yo sé lo que me digo. He hecho algunas averiguaciones y sé que Mesaline ha estado allí en otras ocasiones. Creo que esa fulana te está enrollando, Paul.

—¿De veras?

—Sí. Te puedo decir que llevaba un abrigo de piel de astrakan, una peluca castaña de rizos y unas gafas oscuras, pero a mí no se me ha des pintado, la he visto entrar y la he visto salir.

—Entonces, es que Ponti podría estar haciéndome una jugada genial... —sonrió y luego, en voz alta, muy despacio, silabeó—: Esta vez le ganaré la partida, pronto tendrán en la Morgue el cadáver de un bastardo corso. Espero que lo hagan pedacitos para sacarle el montón de balas que le voy a meter en su asqueroso cuerpo.

CAPÍTULO XIV

Cuando Gauguin descubrió la puerta forzada, la empujó. Entró rápidamente en la salita, empuñando su pistola por si se veía obligado

a utilizarla.

—¡Maldita!

Allí sólo estaba el cadáver de Anthony, un cadáver que no les servía de nada, una prueba para que la policía se les echara encima.

Abandonó la estancia y fue al encuentro de Paul para comunicarle la noticia.

—¿Seguro que ha escapado?

—Sí, seguro.

—¿Cómo ha podido hacerlo?

—Lo ignoro, pero ha tenido que ser desde el exterior, alguien con la fuerza de un gorila.

—¿Como un camionero, por ejemplo?

—¿El camionero? —repetió Gauguin, como si en su cerebro se encendiesen nuevas luces.

En aquellos momentos, Michel Rollan apremiaba a Geraldine:

—¡Vamos, encanto, salta por la ventana!

—No.

—¿Tienes miedo? Yo te aguantaré con una mano, sólo tienes que ponerte encima de la cabina del camión.

—¿No está muy alto?

—Zapatos fuera y verás cómo no está alta —le apremió, poniéndole la mano entre los glúteos y pasándola por la ventana.

La mujer quedó sobre la cabina del camión más fácilmente de lo que había supuesto. Michel la soltó y ella cayó sentada. Al poco, el hombre saltó a su lado.

—Pesas mucho menos que yo, pero como no sabes saltar, casi me abollas la cabina.

—Tu madre... Si no fuera porque me has sacado de ese antro...

—Está bien, encanto, no discutamos y salgamos de aquí cuanto antes, ya me habrán puesto un par de multas por taponar la calle.

Se deslizaron del techo de la cabina y ya dentro de ésta, Michel apremió:

—¡Ahí vamos!

Tocó el calxon y comenzó a retroceder. La mole del camión hizo que los demás automóviles se detuvieran. Ya en el bulevar, tras hacer una maniobra en «L», vio a Gauguin que no se atrevía a perseguirles por la calle pistola en mano.

Michel, a distancia, le hizo un corte de mangas y después aceleró con su monstruo de cinco ejes.

—Uf, ya he escapado —suspiró Geraldine.

—¿Creías que iba a dejarte en la estacada, encanto?

—La verdad, no creí que lograras encontrarme. Pensé que me matarían como a Anthony o me harían algo peor.

—¿Algo peor, como qué?

—No sé, torturarme.

—Ah, creí que ibas a decir violarte.

—¿Te parecería poco? Esos tipos tienen conexiones con el Medio Oriente y podían encerrarme en uno de esos burdeles de los que no se puede escapar jamás.

—¿Y de veras suceden esas cosas de trata de blancas, encanto?

Geraldine crispó su sonrisa como respuesta mientras el camión se alejaba por el bulevar con todas sus luces encendidas.

Ponti parecía satisfecho aunque no estaba dispuesto a bajar la guardia, mataría a Paul si era necesario. La cita había sido en su apartamento.

Paul llegó solo. En la calle quedó su automóvil y los hombres de Ponti «el Corso» sabían que estarían vigilantes, quizá habría más coches.

Paul pulsó el timbre y aguardó.

Sergei, el hombre de confianza de Ponti, el hombre que llevaba bigote y que solía hacerse pasar por policía, entre otras cosas porque había pasado diez largos años de su vida siendo policía hasta que fuera expulsado del cuerpo al probársele aceptaciones de soborno, conocía bien a Paul. Le hizo pasar y luego le detuvo para advertirle:

—Estás vigilado, Paul.

—Me lo imagino —respondió Paul fríamente.

—¿Vas armado?

—No.

—Tengo que comprobarlo, Ponti es muy riguroso.

—Para que un bastardo viva mucho tiempo es preciso que sea receloso.

Sergei prefirió no hacer ningún comentario a aquellas palabras. Cacheó a Paul y luego aceptó:

—Sígueme, Ponti espera.

Ponti, como siempre, estaba tomando su menta frente al gran televisor a color, por el cual pasaba sus cintas de video.

—¿Pasándolo bien? —preguntó Paul al entrar.

—Ah, hola, te esperaba —no cerró el televisor, se limitó a bajar el volumen de sonido.

—Creo que tienes un asunto que proponerme.

—Así es, Paul. Hemos de dejarnos de rencillas personales, los dos estamos metidos en el mismo negocio.

—Un negocio que era exclusivamente mío porque yo he pagado.

—Bien, bien. Si hubiera sabido que se trataba de ti, no hubiera pisado tu negocio, pero has de reconocer que liquidaste a tres de mis

hombres.

—Sí, fue Gauguin, un magnífico tirador con el rifle y mira telescópica. Cuando él opera con esa arma, de nada sirven las metralletas.

—Entiendo —bebió de su menta y preguntó—: ¿Quieres un whisky o te apetece alguna otra cosa?

—Nada.

—De acuerdo. Como te decía, tengo hombres muy listos que supieron hacerse con la carga cuando estaba en los talleres y luego también recogieron la carga que el camionero llevaba por la carretera, de modo que cuando te tocó a ti recibir la mercancía no quedaba nada.

Se rió de forma contenida, una risa que sonaba burlonamente hiriente. Era la risa forzada del vencedor que busca hacer saltar los nervios del contrario.

Paul aguantó. Sacó un pitillo y le prendió fuego como si nada sucediera. Dio una fuerte chupada y tras expulsar el humo, preguntó:

—¿Cuánto pides por la mercancía?

—Hay que pensar que es una mercancía muy valiosa.

—Despacio, Ponti, no voy a olvidar que parte de la mercancía se perdió en el río.

—Menos de la que crees.

—Tengo que saber cuánta se perdió.

—Lo sabrás, lo sabrás, con que me pagues cinco millones, será suficiente.

—¿Cinco millones? Te pagaré, es caro, pero te pagaré.

—Un momento, un momento, he dicho cinco millones, pero de dólares, no de francos.

—Eso es demasiado.

Ponti volvió a reírse de forma contenida, como queriendo esconder su risa dentro del vaso largo de menta con hielo.

—Cinco millones de dólares he dicho, pero también quiero cinco de francos franceses, cinco de francos suizos, cinco de marcos alemanes y cinco de libras esterlinas, así tendré una variedad de divisas para no tener problemas de inversión internacional. En los últimos tiempos me ha dado por la inversión y más desde que los americanos ofrecen tantos intereses bancarios.

—La mercancía no vale ese dinero —replicó Paul cortante.

—¿Ah, no? Cada reloj Rolex vale dos mil dólares de promedio y he podido comprobar que dentro de cada lata viene uno de esos relojes.

—Hay un problema con el que tú no cuentas.

—¿Cuál?

—Uno muy sencillo. Todos esos relojes son falsos, cada uno no

vale ni cien dólares.

—¿Falsos?

—Exactamente, ahí está el verdadero meollo de este negocio. Ochenta mil relojes Rolex que valen dos mil dólares cada uno en cualquier joyería, pero que yo venderé a ochocientos, dando un margen de doscientos de ganancia a los distribuidores que los venderán a mil dólares, es decir, a mitad de precio, ya sabes, jugando con la historia de que han pasado de contrabando, etcétera, etcétera. Los clientes picarán y pagarán mil dólares por unos Rolex que valen dos mil, especialmente en zonas de tránsito, puertos de mar, junto a estaciones de tren, aeropuertos. Cuando descubran que son falsos, será demasiado tarde y yo ya me habré deshecho de la mercancía. Será una operación rápida.

—Diablos con esos chinos de Hong-Kong... Yo hubiera jurado que eran Rolex auténticos. Tienen la marca y la numeración por dentro, porque hemos abierto uno de ellos.

—Sí, son muy listos y no se descuidan detalle. Los hacen perfectos, aunque, como es lógico, sin ninguna calidad. Las aleaciones de los metales con que están contruidos son vulgares y nada tienen que ver con los auténticos Rolex. Estos relojes falsos son para durar un año, máximo dos, pero cuando se descubra el pastel, ya estará todo vendido.

—Muy ingenioso, contrabando de relojes falsos. Vas a inundar el mercado de relojes que no valen nada como si fueran de gran calidad. Creo que algo así se hizo hace algún tiempo con otra marca, ¿verdad?

—Sí, con los Omega. Esos chinos son capaces de imitar lo que les pidas. Cuando se termine este negocio, pensaré en otro.

—Oye, ¿por qué no olvidamos rencillas y vamos a medias?

—De acuerdo, pero ¿dónde están mis relojes? Esta operación se hace rápida o ya te los puedes comer. Cuando cunda la alarma, la propia marca Rolex pondrá anuncios en periódicos y revistas advirtiendo de la falsificación y los sindicatos y asociaciones de joyeros y relojeros les apoyarán.

—De acuerdo, de acuerdo, te daré la mercancía, pero vas a pagarme.

—Cuando haya vendido la mitad, palabra de honor.

Paul le tendió la mano y Ponti, sonriente, se la estrechó.

—Están en la rué Nlerchant ochenta y dos, es un almacén. Si quieres, te acompaño.

—No es necesario. El trabajo de carga lo hacen mis hombres.

Estuvieron hablando un poco más, ambos parecían haberse puesto de acuerdo.

Paul abandonó la casa cuando en el ascensor dos hombres subían una caja de madera de considerable tamaño, caja que depositaron

frente a la puerta del apartamento de Ponti.

Ya en la calle, Paul se fue a una cabina telefónica y llamó. Al poco, Ponti se ponía al aparato.

—Oye, Ponti, se me ha olvidado una cosa.

—¿Ah, sí, cuál?

—En la puerta te he dejado un paquete, es algo tuyo y no mío.

Y colgó.

Ponti y sus hombres miraron con recelo por la mirilla hasta ver el paquete de considerable tamaño.

—Yo diría que es un frigorífico —opinó Sergei.

—Pues, ábrelo y mira dentro.

Abrieron la puerta y tocaron la caja con cuidado. Al fin, optaron por entrarla en el departamento y abrirla. Quedaron estupefactos al ver que el cadáver de una mujer caía hacia adelante.

—¡Mesaline!

Bajo la plataforma de madera sobre la que estaba la mujer había diez kilos de goma-2 que por diferencia de presión, al caer el cuerpo femenino, estallaron.

La explosión fue horrisona.

Puertas, ventanas, tabiques y techos volaron y los hombres que allí estaban se convirtieron en despojos humanos mezclados con cascotes.

En la calle, un automóvil arrancó para huir, pero un enorme camión le salió al paso chocando de frente contra él.

—Eh, idiotas, ¿es que no os acordáis de mí? —preguntó Michel al verles saltar del coche, medio aturridos.

Un cerco de policías les rodeó, impidiendo que nadie escapara. Paul fue el primero de los sorprendidos y casi sin tiempo para pensar, se vio esposado y empujado al interior de un furgón.

El inspector, con el ceño fruncido y casi sacando espuma por la boca, se enfrentó con Michel.

—Oiga, usted, Rollan, ¿sabía lo de la bomba?

—Qué va, comisario, ¿qué iba a saber yo? Todo lo que sabía se lo conté en seguida, porque a mí me gusta ayudar a la justicia, ya se lo he dicho, pero si entre ellos tienen *vendettas*, a mí no me importa. Usted ya sabía lo de los relojes y se hacía el tonto para atrapar a toda la banda; sólo le ha hecho falta que yo le dijera lo que he averiguado y asunto terminado, ¿no es eso?

—Sí, pero me falta la chica, esa chica que según usted le apuntó con la pistola.

—De esa chica no sé nada, comisario, y que no se diga que no ayudo a la justicia.

Poco después se alejaba de allí y Geraldine salía de su escondite, que era la litera.

—¿Cómo está todo?

—Muy bien, encanto, muy bien, ya los hemos jodido a todos.

—Y ahora, ¿adónde vamos?

—A recuperar mi remolque, encanto, que todavía lo estoy pagando a letras. ¿Es que no lo recuerdas?

Cuando en los talleres le entregaron el remolque y firmó los conformes de las facturas, le entregaron un paquete, diciéndole:

—Esto estaba en el cajón de la batería, por poco lo pierdes.

—Ah, gracias, deben ser las latas de reserva.

Cuando se reunió en la cabina con Geraldine, ya con el remolque enganchado, le dijo:

—Oye, ¿tú sabías algo de este paquete?

—No, ¿por qué?

—Esperemos que no sea una bomba, encanto.

Lo abrió y aparecieron billetes de curso legal en Francia. Los dos silbaron de admiración.

—Diablos, pues era verdad eso del medio millón. ¿Qué te parece, Geraldine?

—¿Geraldine, me llamas Geraldine?

—Pues claro, Geraldine, ¿cómo te voy a llamar si nos casamos? Ahora ya tenemos dinero para pagar las reparaciones. ¿Qué te parece, encanto?

—¡Geraldine!

—Muy bien, encanto, digo Geraldine... Oye, ¿cómo está la litera?

—Muy bien, pero tú conduce, conduce.

—Claro que sí, encanto, pero hasta el primer lugar donde pueda aparcar y correr las cortinillas, palabra, palabra de Michel...

Y comenzó a cantar mientras el Volvo tronaba por la carretera.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 50 PTAS.

Table of Contents

UN CAMIÓN LLENODE CALAMARES

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV
